

PARTE 8

MARIA BEATOBE

POR AMOR

ALEJÉ MIS FANTASMAS

Click
EDICIONES

Índice

Capítulo 132
Capítulo 133
Capítulo 134
Capítulo 135
Capítulo 136
Capítulo 137
Capítulo 138
Capítulo 139
Capítulo 140
Capítulo 141
Capítulo 142
Capítulo 143
Capítulo 144
Capítulo 145
Capítulo 146
Capítulo 147
Capítulo 148
Capítulo 149
Capítulo 150
Capítulo 151
Capítulo 152
Capítulo 153
Capítulo 154

Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



Gael se sentó a mi lado con cara de preocupación, mientras yo le esperaba con la mirada en el suelo, como si fuera a desvelar mis pensamientos con solo fijar sus ojos en los míos.

Había decidido que tenía que hacerlo, contarle todo lo que me había pasado y expulsar de mi cuerpo ese fantasma que levitaba a sus anchas desde que el cabrón de Mora decidió meterlo en mi vida.

Me re Coloqué, incómoda; no era nada fácil lo que iba a hacer y de hecho me estaba empezando a arrepentir de haberle dicho que tenía que contarle algo. Ahora no había marcha atrás, aunque quizá podía inventarme cualquier cosa y salir por la tangente, pero ¿serviría de algo? A la única que haría daño sería a mí misma.

Por otro lado, me daba muchísimo miedo la reacción que Gael pudiera tener cuando lo supiera; no quería que se tomara la justicia por su mano y fuera a por él, así que tendría que tener cuidado en cómo se lo contaba para no hacerlo más grave.

Pero... ¿qué coño estaba pensando? ¡Claro que había sido grave! ¡Y mucho! No podía estar especulando en contárselo como si fuera una broma inocente porque no lo había sido. ¡Había intentado abusar de mí! ¿Qué hubiera pasado si no hubiese reaccionado como lo hice dándole una patada para salir corriendo después? Tenía que centrarme porque los nervios me estaban volviendo loca.

—Naira —me interrumpió Gael, sacándome de mis pensamientos—. Cuéntalo, no lo pienses más. Voy a estar a tu lado para apoyarte, sea lo que sea.

Me cogió las manos y me las acarició suavemente con los pulgares, lo que me dio una sensación placentera de confianza. Así que cogí aire, lo exhalé con fuerza, le miré a los ojos y comencé a hablar.

—Lo primero que quiero decirte es que, una vez que empiece, por favor, no me cortes. Ya me es lo suficientemente duro como para tener que hacerlo

como si fuera por capítulos.

Gael asintió, y en su mirada se podía adivinar la confusión y una preocupación cada vez mayor. Resoplé y empecé a vomitar palabras.

—La noche que te conocí, a aquella discoteca donde celebrasteis la fiesta a la que Hugo nos invitó también vino un chico del instituto con el que hacía poco había empezado a tener algo. Nos habíamos enrollado alguna vez y yo estaba muy ilusionada con él. —Medio sonreí con decepción—. Me gustaba desde hacía mucho tiempo y por fin se había fijado en mí. Qué ilusa fui —susurré.

»Las veces que nos habíamos visto había mostrado mucho interés por mantener relaciones íntimas y yo... bueno, yo no me sentía preparada todavía. —Sentí como Gael me apretaba las manos; creo que empezaba a entender por dónde iba—. Siempre le decía que esperara, que aún no era mi momento. Toda mi vida había soñado con que mi primera vez fuera especial y no me sentía a gusto acostándome con él en cualquier parte, sobre todo cuando yo no estaba segura de querer que él fuera el primero al ver cómo se comportaba. Era muy... apasionado, por llamarlo de alguna manera, y yo..., quizá por mi inexperiencia, lo veía normal. Aunque después de conocerte a ti me di cuenta de que no era lo normal. Tú me cuidabas, me hacías sentir bien y disfrutar de cada momento a tu lado, pero lo más importante era que me respetabas. Despidieron a mi padre del trabajo y él, por medio del suyo, le consiguió un empleo temporal, y la verdad es que se lo agradecí mucho..., aunque no como él quería.

Esto estaba siendo más difícil de lo que yo pensaba. En ocasiones intentaba medir mis palabras para no escupir un cabrón o un gilipollas, que era lo que se merecía. Pero ahora que había decidido contarle, quería que Gael supiera qué ocurrió, hasta el mínimo detalle, y no dejarme llevar por todo el dolor que ese personaje me había causado. Estuve casi toda mi disertación con la mirada baja, fija en cómo él me acariciaba las manos, y ordenando a mis lágrimas que no salieran hasta que terminara de hablar. Si ya era doloroso contarle, lo hubiera sido más aún mirándole a los ojos.

—Aquella tarde habíamos discutido por lo mismo; yo no quería llegar a más, pero aun así, tonta de mí, le dije que se pasara por la fiesta. Después de que tú y yo tuviéramos el encontronazo en el despacho y coincidiéramos de nuevo en la puerta de la tienda, llegó él. De hecho, creo que nos viste cuando Hugo y tú volvíais de comprar. Cloe se encontraba mal, estaba algo mareada, y Noe y yo decidimos que la acompañaríamos a casa y después nos iríamos

cada una a la nuestra. Pero él me dijo que venía conmigo y así estábamos un rato más juntos, y como me gustaba tanto no lo dudé ni un segundo. Así que mis amigas se marcharon. Él me dijo que tenía la moto aparcada cerca y, cogidos de la mano, llegamos hasta ella, nos subimos y puso el motor en marcha. A mí me daba miedo montar, pero recuerdo que me dijo: «siempre hay una primera vez para todo». Pero antes de llegar a mi calle se desvió y aparcó en un parque cercano. Cuando le pregunté por qué se había desviado me dijo que si de verdad pensaba que me iba a llevar a casa directamente. —Noté como el cuerpo de Gael se tensaba, le miré de soslayo y vi que se mordía la mandíbula, nervioso.

»Me cogió de la mano con firmeza y caminamos a paso ligero hasta una explanada de césped, detrás de unos arbustos. Recuerdo que las luces de las farolas brillaban de manera intermitente y que había un silencio sepulcral. No había ni un alma allí. Me senté, se puso de rodillas delante de mí —tuve que coger aire con fuerza porque sentía que empezaba a ahogarme— y me empezó a besar con fuerza hasta que se me tumbó encima. Le dije que se tranquilizara, pero recuerdo que me respondió que no había tiempo, que teníamos prisa o llegaría tarde a casa.

—Naira, ese cabrón no te...

Le corté poniéndole la mano sobre la boca y mirándole mientras una lágrima resbalaba por mi rostro. Ya fue imposible reprimirlas.

—No, Gael, por favor, déjame acabar.

Su respiración empezaba a acelerarse según avanzaba mi discurso. Estaba claro que ya sabía lo que había pasado sin que yo terminara de contárselo, pero necesitaba escuchármelo decir; ya estaba lo suficientemente dañada como para esconderlo más.

—Me empecé a sentir muy incómoda; su peso sobre mí no era agradable y le dije que parara, que se quitara, pero no me hizo caso. —Cuando me quise dar cuenta estaba llorando sin parar—. Te juro que le dije que se apartara, pero él no solo no lo hizo, sino que me retiró la ropa interior y empezó a tocarme.

—¡Qué! ¡Será hijo de la gran puta! — Gael se levantó, sobresaltado—. ¿Quién es, Naira? ¡Dime quién es!

—No, Gael —respondí, sintiéndome muy pequeñita ante su enfado—, no te lo cuento para que vayas a por él, ¡lo hago para desahogarme y quitarme esta puta losa que llevo dentro desde hace mucho tiempo! —grité, mientras me levantaba y me ponía a su altura.

Gael me miró irritado, fuera de sí pero también confundido.

—No me puedes pedir que lo deje como si nada —susurró, apretando los labios.

—Pues lo hago. Te lo pido por favor.

Se volvió y empezó a dar vueltas por el salón con las manos en la cabeza, como un pájaro en una jaula de la que no puede salir.

—No, Naira, no. No puedo, te juro que no puedo.

—¡Gael! ¿Has oído lo que te he dicho? ¡Que no quiero venganzas! ¡Solo quiero ser feliz, joder! ¡Lo único que pido es poder dormir sin pensar que ese cabrón venga a chantajearme más!

—¿Chantajearte? —Se paró en seco.

—Sí, me dijo que si lo contaba haría que despidieran a mi padre, y sé que no hice bien en callarme, pero en mi familia hace falta el dinero —sollocé nerviosa.

—¿Se puede ser más cabrón? —respondió, acercándose a mí.

Me dio un abrazo tan fuerte y sincero que hizo que mi corazón se recompusiera un poquito; necesitaba sentirlo de nuevo cerca de mí.

—¿Lo saben tus amigas? —me susurró al oído.

—No —me aparté—, y tú no se lo vas a decir —le advertí.

—Pero...

—He dicho que no, Gael.

—Creo que deberías contárselo.

—¡Lo sé! Pero ¡bastante que acabo de contártelo a ti, cuando pensaba que moriría con todo esto aquí dentro! —Me señalé el pecho.

—De acuerdo. No diré nada.

Y volvió a abrazarme con fuerza.



Justo cuando nos estábamos abrazando sonó el telefonillo. El sonido nos sobresaltó, y Gael se separó despacio de mí y me besó en la frente.

—Siéntate —susurró—, tiene que ser el pizzero.

Parecía que el repartidor había esperado hasta el momento justo para traer la cena; un minuto antes y nos hubiera pillado en plena explosión emocional, y habría provocado una situación más incómoda. Cualquiera le recibía con una sonrisa, después del huracán de sentimientos que estaba recorriendo el salón del ático.

Mientras esperaba pacientemente sentada, miraba al frente sin ver nada, pensando. La verdad es que jamás me hubiera imaginado que la primera persona a la que iba a contarle lo que me ocurrió sería Gael, y menos aún en su casa después de habernos acostado la noche anterior tras su gran mentira.

Esto seguro que daba para una novela; tenía todos los ingredientes.

Cuando Gael volvió llevaba una caja de pizza grande y dos cervezas.

—La pedí barbacoa —dije—. No me ha dado tiempo a decírtelo.

—Es perfecta. He traído cervezas, o ¿te apetece otra cosa?

—No, está bien.

Colocó un mantel negro con trazos irregulares blancos en la mesita que había junto al sillón y puso encima la cena y la bebida. Volvió a la cocina para coger unas servilletas y después se sentó de nuevo junto a mí.

La verdad es que apetito tenía poco, pero intenté comer algo, o los nervios y la sensación de vacío que sentía en el cuerpo harían que me desmayara.

—¿Quieres que pongamos la televisión? —preguntó.

—Vale. Me vendrá bien distraerme un poco.

La encendió y dejó puestas las noticias, pero yo estaba con la mente en otro sitio. La tenía en ese lugar del corazón donde tanto tiempo había estado escondido ese secreto que ahora había visto la luz. No podía dejar de pensar en ello y las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo en silencio. Pero Gael me

conocía mejor de lo que yo pensaba y, sin mirarme, dejó la pizza sobre la caja y se volvió para abrazarme con fuerza.

—Shhh, tranquila. No estás sola en esto. Me tienes a mí.

Pasamos como una hora sin hablar, los dos sentados en el sillón, con mi cuerpo recostado sobre su hombro. Las lágrimas me resbalaban por el rostro como por inercia mientras permanecíamos en silencio y con la mirada perdida en el infinito. Me había quitado un peso enorme de encima, como si la losa que llevaba colgada de la espalda se hubiera ido destruyendo poco a poco a medida que mis palabras salían de la boca.

Gael me acariciaba el brazo de arriba abajo, recorriéndolo con delicadeza. Por mi cabeza pasaron todos los recuerdos a cámara lenta, todo lo que había vivido desde el fatídico día en que mi forma de ser y de relacionarme cambió totalmente.

—¿Quieres un vaso de agua? —preguntó.

Negué con la cabeza sin apenas moverme del sitio; me sentía tan protegida en ese momento que quería alargarlo lo más posible. Habían sido días duros, con un secreto guardado a fuego dentro de mí, y ahora ya lo sabía alguien más. Me había atrevido a contarle lo que tanto me había estado torturando.

—Nai...

Gael se separó un poco de mí para mirarme y me incorporé hasta quedar a su altura. Sentía los ojos hinchados y mi respiración seguía siendo desacompañada. Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y me lo quedé mirando, porque estaba claro que algo quería decirme.

—Mira, llevo un rato dándole vueltas y necesito que me respondas a una pregunta.

—Claro, dime.

—Y, por favor, te pediría que fueras sincera conmigo.

—Eh... está bien —respondí confundida.

Se tomó su tiempo para lanzar la pregunta; se mostraba nervioso y parecía no tener la suficiente fuerza como para hablar, y eso me hacía temer aún más lo que quisiera decirme.

—Ese hijo de puta ¿no será el mismo que se presentó en la tienda aquel día con un amigo y tuve que echarle de allí...?

Tocada y hundida. Me había pedido sinceridad absoluta y yo le había dicho que sí, pero reconocer a corazón abierto quién era el culpable de todo esto era demasiado para mí. Ponerle cara y nombre suponía que ya sí que era

real del todo, puesto que hasta ese momento hablábamos de alguien sin rostro, sin identidad, y, aunque no sea comprensible, eso lo hacía todo un poco más fácil.

Creo que no hizo falta responder porque mi gesto lo hizo por mí.

—Lo sabía. ¡Lo sabía, joder! —dijo Gael exasperado, mientras se levantaba del sillón—. No me gustó nada cómo te miraba ese tío. Ya solo viendo tu reacción el día en que entró en la tienda me hizo entender que algo pasaba, pero ¿cómo coño podía saber que había intentado abusar de ti? ¡Joder, tenías que habérmelo contado, Naira! ¡Ese malnacido no se merece quedar impune!

—Gael...— intenté calmarle desde el sofá.

—Y luego aquel día que quedamos y le vi detrás de ti... Venías pálida y ¡debí imaginarme algo, hostia! Si es que soy gilipollas. —Se tocaba el pelo, despeinándolo con nerviosismo, y daba vueltas por el salón.

—No podía contártelo. Ni a ti ni a nadie —exclamé desde la esquinita del sofá—. ¿Es que es tan difícil de entender? —Y volví a llorar con desconsuelo mientras me tapaba la cara con las manos.

Gael se paró y después se acercó para arrodillarse delante de mí, y, posando las manos en mis rodillas, me miró.

—Ey..., Nai —musitó—, lo siento. Perdóname. Es que esto me ha pillado por sorpresa y no sé muy bien cómo reaccionar.

Me retiró las manos de la cara y, con los dedos, me limpió las lágrimas que seguían resbalando sin permiso.

—Estate tranquila, ¿vale? Ya ha pasado, lo has contado y ya no es algo que tengas que cargar tú sola. Ahora es algo nuestro y no pienso dejar que te vuelva a pasar nada. ¿De acuerdo?

Asentí aún un poco ida por todas las sensaciones que estaba manejando en ese instante. Era como si estuviera viviendo una situación irreal, y que en cualquier momento me despertaría de un sueño y volvería a ser la única que guardara ese cruel secreto.

Pero por desgracia era más real de lo que a mí me hubiera gustado.



GAEL

No pude, no conseguí cumplir mi promesa de dejar que ese cabrón se saliera con la suya y se fuera de rositas. Después de que Naira me contara lo que le había hecho y tras cenar algo, la acompañé a casa en el coche y no me marché hasta que me mandó un mensaje diciendo que ya había entrado.

La rabia me carcomía por dentro y tenía que hacer algo, a sabiendas de que no era lo correcto. Nada más arrancar el coche puse el manos libres y marqué el teléfono de Hugo; o se lo contaba a alguien de confianza o reventaba. Al segundo tono respondió.

—Qué pasa, tío —dijo nada más contestar, con un tono alegre.

—¿Estás en casa? —dije atropelladamente.

—Sí, ¿por qué?

—¿Y estás solo? —Por si acaso Cloe estaba con él.

—Sí, sí. Pero me estás asustando. ¿Ha pasado algo?

—Ahora te cuento, en diez minutos estoy en tu casa.

Mientras conducía no hacía más que imaginarme las manos del cabrón ese sobre el cuerpo de Naira, sin darle opciones a defenderse. Tenía que haberme dado cuenta cuando entró en la tienda, solo por cómo la miraba, y por la manera en que ella reaccionó tenía que haberme imaginado que algo había pasado. Joder, o por lo menos haberle insistido en que me lo contara. Pero no lo hice, y ahora entendía que ella se mostrara al principio tan miedosa conmigo y rechazara cualquier contacto o situación que implicara que estuviéramos solos. Todo encajaba.

Como cuando, el día que celebró su cumpleaños y nos quedamos solos en el local, tuvimos que salir porque se puso muy nerviosa, o cuando me pedía

tiempo antes de mantener relaciones..., ¡joder! ¡Me había dado tantas pistas...! ¡Y yo había estado tan jodidamente ciego...!

Ese hijo de puta la había tenido chantajeada todo el tiempo para que ella no contara nada, pero ahora todo había cambiado y la situación había dado un giro de ciento ochenta grados en su contra. Ahora yo lo sabía y no pensaba dejarlo así. Lo primero que necesitaba era contárselo a Hugo, para desfogarme y vomitar todo lo que me saliera por la boca sin miedo a que ella se sintiera mal.

Cuando llamé al telefonillo del piso de Hugo, la puerta se abrió sin preguntar quién era. Subí en el ascensor y, al salir de él, mi amigo me esperaba fuera con cara de preocupación.

—¿Qué coño pasa, Gael?

—Pasa dentro y te cuento.

Hugo cerró la puerta y nos dirigimos al salón. Le miré sin saber muy bien cómo empezar la conversación, pero una bocanada de rabia me llegó hasta la boca y lo solté sin pensar.

—Un hijo de puta intentó abusar de Naira el día que la conocí.

La cara de Hugo se transformó.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Y te juro que si me lo cruzo ahora mismo lo reviento — dije, dando un puñetazo al sillón.

—A ver, Gael, cuéntame con calma.

Le conté a trompicones todo lo que ella me había dicho, resaltando que sus amigas no lo sabían y no debían saberlo. No quería volver a decepcionarla de nuevo; Hugo me prometió que mantendría la boca cerrada. No recuerdo la cantidad de barbaridades que salieron por mi boca en ese momento, pero estoy seguro de que fueron muchas.

—Gael, relájate, no puedes tomarte la justicia por tu mano. Puedes buscarte un problema.

—¿Y qué quieres que haga, eh? —dije con furia—. ¡Ese malnacido se merece una buena hostia y que reciba de su propia medicina!

—¡Si lo sé! ¡Y te entiendo! ¿Qué te crees, que a mí no me están dando ganas de partirle la cara? Pero tienes que pensarlo en frío, amigo; se te puede ir de las manos y acabar mal...

—Entonces, ¿qué? ¿Me quedo de brazos cruzados mientras le sigue mandando esos jodidos mensajitos que la hacen ponerse blanca como la pared y temblar como un flan?

—No sé, no sé... —respondió Hugo, paseándose nervioso por la estancia—. Déjame pensar. Mira, de momento, siéntate, relájate un poco y espera, que traigo un par de cervezas.

Y eso hice, me senté resoplando y con la cabeza apoyada en las manos mientras esperaba a que Hugo volviera. Tenía que calmarme, mi amigo tenía razón; en ese momento sería capaz de cometer una locura, porque estaba cegado por la rabia y la impotencia.

Cuando mi amigo se sentó a mi lado me tendió la bebida y yo me saqué un cigarro del bolsillo trasero del pantalón.

—¿Te importa que fume aquí?

—Sin problema. Ah, y una cosa te digo, esta noche duermes aquí. No me fío de que, según te vayas, acabes buscándolo.

Di una larga calada al cigarro y solté el aire despacio, mirando al frente.

—Hugo, tienes que ayudarme a localizarlo.



Cuando envié el mensaje a Gael de que ya había entrado en casa me encontraba superrara; sentía una incómoda opresión en el pecho que apenas me dejaba respirar. Contarlo me había venido bien, pero también había provocado que todas mis emociones se removieran dentro de mí y no fuera capaz ni de reconocer lo que sentía en ese momento.

Pero, según cerré la puerta, tuve que poner buena cara porque tenía que felicitar a mi padre por su nuevo empleo y no podía dejar que se me notara mi angustia. Cogí aire, entré en el salón con la mochila en la mano, y vi a mi padre a oscuras viendo la televisión. O eso creía yo, porque al no reaccionar ante mi entrada me di cuenta de que estaba dormido. Dejé mi equipaje en el suelo y me acerqué despacio a él; estaba tan relajado que me daba pena despertarlo, así que me asomé a la habitación de mis padres, porque había luz. Mi madre estaba tumbada en la cama leyendo y sonrió mirando a la puerta, como si supiera que iba a ir a verla.

—Buenas noches, pequeña.

—Hola, mami, ¿qué tal?

—Bien, ¿y tú? ¿Cómo ha ido el fin de semana?

«Pues movidito, mamá. A ver cómo te cuento que me he acostado de nuevo con mi ex, que he visto estrellas fugaces y que he revelado el secreto más duro que había guardado en mi vida.» Demasiada información para una madre, ¿verdad? Tendré que ser práctica.

—Muy bien. Ha sido divertido.

Punto. Resumen hecho.

—Me alegre, cariño.

—Iba a dar la enhorabuena a papá, pero está dormido como un tronco.

—Qué tío; le dejo la tele para que vea el partido y se queda dormido.

—Ya le conoces...

—Y tus amigas, ¿qué tal? ¿Cómo esta Cloe de... lo suyo?

—La verdad es que va bastante bien. Aún tiene muchos remilgos con la comida; no come mucho, pero por lo menos se esfuerza en hacerlo. Además, hay un chico que le gusta y él le corresponde..., y creo que eso le va a ayudar mucho a recuperarse.

—Cuánto me alegro. ¿Y Noe? ¿Tan disparatada como siempre?

—¡Qué va! Desde que ha conocido a Marco no hay quien la reconozca. ¡Está muy comedida! —Me reí.

—Vaya, parece que el amor ha llamado a su puerta, ¿no?

—Eso parece —suspiré, tumbándome con ella mientras miraba al techo.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿También ha llamado a la tuya?

Ufff... ¿Y qué le digo yo ahora? Tonta no era y sabía que yo me veía con un chico antes de que lo nuestro se fuera a la mierda. Pero era algo que no le había confirmado directamente, aunque tampoco se lo había desmentido. No tenía la suficiente experiencia como para contarle a mi madre este tipo de cosas. Y no porque no quisiera, sino porque no sabía cómo hacerlo, ya que me encantaría que me diera sus consejos de madre experimentada para poder seguirlos a pies juntillas. Pero ¿cómo decirle...?

—Pues... bueno..., sí que llamó, pero la cosa no salió bien.

Mi madre se medio incorporó y se puso de lado para mirarme. Creo que no se esperaba que me mostrara receptiva y le contara mis sentimientos, pero en ese momento necesitaba el calor de mi mami.

—¿Quieres contarme qué pasó? —dijo.

—La verdad es que ni yo lo sé, mamá. Todo iba muy bien hasta que dejó de hacerlo.

Me miraba como pensando concienzudamente qué decir para que esa conversación no terminara y poder seguir tirando del hilo.

—No te preocupes, a veces pasa. Lo importante es que quienquiera que sea la persona que tengas al lado te respete, cariño. Eso es lo más importante.

Joder, parecía que sabía más de lo que yo creía. Siempre supe que las madres tenían un sexto sentido y sabían cosas de nosotras por telepatía, o se colaban en nuestros sueños por la noche, o tenían el gran poder de leernos la mente. No tenía muy claro qué era, pero algo había.

—Lo sé, mamá, pero a veces lo que te gusta de la persona te ciega.

—¿No me digas que no te respetó? —dijo más seria.

—Sí, sí..., ese no fue el problema.

Joder, pero ¿de quién coño estábamos hablando? ¿De Mora? ¿De Gael? Se me estaban entremezclando las imágenes y los sentimientos, así que lo mejor era dejar el tema, no fuera a ser que hablara más de la cuenta y se me fuera de las manos. Bastante que se lo había contado a Gael, y ya, por el momento, era suficiente.

—Bueno, mami, voy a dar un beso a papá.

La conocía y sabía que el hecho de cortar la conversación la decepcionó; ella quería seguir hablando, pero yo no me encontraba con fuerzas para poder continuar sin meter la pata.

—Vale, Nai, despiértale y dile que se venga ya a la cama, por favor.

—Ok, mamá. Buenas noches —dije, dándole un fuerte abrazo y un beso.

—Hasta mañana. Descansa, que tienes ojeras.

—Síííí —dije con una queja fingida.

Si ella supiera por qué tengo mala cara...



GAEL

Al final terminé haciendo caso a mi amigo y me quedé durmiendo en su casa. Además, me había tomado unas cuantas cervezas y podían pasar dos cosas: que me multaran por dar positivo en el control que me harían por ir a mayor velocidad de la permitida o que, en un arranque de locura, me pusiera a buscar como un enfermo al cabrón ese por todo Madrid para darle su merecido.

Por la mañana tenía que ir a la universidad, pero no lo hice. Levanté a Hugo de la cama y le pedí que me ayudara.

—Hugo, tío, por favor, ayúdame o me volveré loco.

—¿Qué pasa? —respondió, aún sin abrir casi lo ojos.

—Ven al salón.

Cuando se levantó, yo estaba con su portátil encendido pensando la manera de localizar al malnacido.

—¿Qué haces? —oí tras de mí.

—No sé cómo encontrarlo.

Me volví para mirarlo y estaba en calzoncillos, estirándose, y todavía con unas legañas en los ojos que le impedían abrirlos del todo. Se sentó a mi lado y, tras bostezar, me preguntó:

—A ver..., ¿qué sabemos de él?

—Lo único, que lo llaman Mora, por su apellido, y que iba al instituto con las chicas, lo cual quiere decir que tiene que vivir por esa zona.

Hugo se rascó la nuca mientras pensaba y yo tamborileaba nervioso con los dedos en la mesa baja del salón. Como no encontrara rápido la manera de localizarlo acabaría enloqueciendo.

—Redes sociales. ¿Sabes si Naira tiene?

—Sí, tiene Instagram.

—Pues saca el móvil; vamos a ver si lo tiene como amigo y de ahí podemos obtener información.

Dicho y hecho, la busqué en mi Instagram y escribimos «Mora» en el buscador de amigos. Y, *voilà*, no tardamos ni diez segundos en tener un perfil de un tal Mora. El corazón me iba a mil por hora; pinchamos en su cuenta y ahí estaba el hijo de puta. Una foto de su cara, muy sonriente, enmarcaba su perfil.

—¿Es este? —preguntó Hugo.

—Sí. Este es el cabrón que intentó pasarse con Nai —respondí con rabia.

—Vale, pues vamos a mirar sus fotos a ver si en alguna tiene puesta la localización.

La última foto publicada databa de la noche anterior. En ella salía riéndose con un par de chicos más y, si me esforzaba por recordar, podría asegurar que uno de ellos fue el que vino con él a la tienda. Estaban en un parque tirados sobre la hierba; no era un selfi, así que no se veía quién hacía la foto. Pero no me importaba, la ubicación era de un parque cercano al domicilio de Naira. ¡Qué coño! ¡Era el mismo lugar donde ella me había explicado que había sucedido todo aquello!

¿Cómo podía sonreír así después de lo que le había causado a ella? ¿Dormiría tranquilo por la noche? ¿A saber si no se lo había hecho a alguna chica más!

—¿Y ahora qué? —preguntó Hugo—. Sabemos que se mueve por la zona, pero así es imposible seguirle los pasos, Gael.

—Lo sé, lo sé... —respondí, agobiado—. Tiene que haber alguna manera, ¡tiene que haberla!

—Joder —suspiró Hugo—, sé que me voy a arrepentir de lo que voy a decir ahora mismo, pero eres mi colega y ella la piba de la que estás enamorado, así que allá voy.

Lo miré con los ojos como platos, como si lo que había dicho me hubiera dado la respuesta a todas mis preguntas.

—Dispara, tío —dije nervioso.

—En su perfil hay un *email* donde se le puede contactar. Aquí, ¿lo ves?

—Sí.

—Escribámosle como si fuéramos una chica que quiere quedar con él y tendámosle una trampa —me dijo, certero.

Ahora sí que sí. Mi amigo me acababa de dar la solución a cómo encontrarlo. No estaba seguro de que respondiera, pero teníamos que intentarlo, porque mi plan B era intentar sacarles información a Cloe y Noemí sin contarles nada, pero prefería dejar esa opción como última y cuando no tuviera más remedio.

—Eres un máquina, tío —dije a Hugo, chocándole la mano.

Así que, sin pensarlo mucho, creamos un correo falso y le escribimos.

Hola, Mora. ¿Qué tal? Soy una chica que iba a tu instituto y vivo en tu barrio y bueno..., me da un poco de vergüenza decirte esto, pero me gustaría quedar contigo para tomar algo. Me parece un chico muy mono y siempre me ha dado cosa acercarme a ti. ¿Te apetece que nos veamos un rato? Besos.

Y le dimos a enviar.

—Espero que el cabrón responda —dije, nervioso.

Las manos me sudaban y miraba a la pantalla mientras aguardaba una respuesta rápida, pero teníamos que ser realistas. No iba a estar pegado a su móvil esperando que le llegara un *mail*; tenía que tener paciencia o acabaría dándome cabezazos contra la pared.

—Anda, ven, vamos a tomarnos un café —invitó Hugo.

Me levanté y nos fuimos a la cocina a desayunar algo; me vendría bien una dosis de cafeína, aunque sería fatal para los nervios. No sabía si en el fondo me beneficiaría o no bebérmelo, o sería mejor tomarme una tila de litro.

—¿Has dormido algo? —me preguntó Hugo mientras me servía una taza de café.

—Poco. No paraba de imaginarme la escena y me ponía enfermo. Cada vez que cerraba los ojos se me aparecía la imagen de Naira acojonada mientras me contaba lo que pasó.

—Ten —dijo, poniéndome el café en la manos—. Tienes que intentar relajarte, Gael. Vamos a ver qué pasa ahora con el *mail*.

—¿Y si no responde?

—Algo se nos ocurrirá.

Me acerqué al salón a coger mi móvil; quería mandarle un mensaje a Naira para saber qué tal había dormido y cómo se encontraba.

Buenos días, Nai, ¿qué tal has pasado la noche?

Lo envié, pero vi que no había estado conectada desde la noche anterior. Suponía que habría ido a la universidad —era lunes y había clase—, pero me daba miedo que el habérmelo contado la hubiera afectado tanto como para no ir.



En el momento en que sonó el despertador apenas me inmuté porque llevaba un buen rato despierta. Tenía una sensación rara en el cuerpo, entre náuseas y falta de oxígeno; por lo visto, haberlo contado no solo me suponía un temor mental, sino que también me afectaba a lo físico. Dudé si levantarme para ir a la universidad o no; me pesaba todo el cuerpo y probablemente mi aspecto general delataría mi mala noche.

Podía mandar un mensaje a las chicas y decirles que estaba constipada o algo, pero no, mejor iba porque estábamos cerca de los exámenes y no quería empezar suspendiendo. Así que me levanté, di los buenos días a mi madre, pues mi padre ya se había marchado a trabajar, y, tras una reconfortante ducha, me fui hasta el lugar donde quedábamos todas las mañanas.

—Uy, aquí hay una que ha dormido mal —dijo Cloe.

—Ayer te escribimos y no nos contestaste... ¿Estabas trincándote otra vez a Gael, nena?

—Anda, no digas tonterías —respondí algo molesta.

Algo me decía que no iba a ser un buen día. Ante mi rotunda respuesta, mis amigas se miraron entre sí y decidieron no seguir con las preguntas. Justo cuando estábamos bajando las escaleras mecánicas del metro, un pitido en mi móvil me dio a entender que me había llegado un mensaje. Lo saqué para ver de quién era y, al ver el nombre de Gael, me quedé mirando la pantalla sin saber si leerlo o no. Había desnudado mi corazón ante él y ahora sí que me sentía totalmente vulnerable: sabía todo lo que me había ocurrido, estaba al corriente de mi mayor secreto y nadie me conocía tanto en ese momento como él.

Volví a guardar el teléfono en mi bolso sin abrir el WhatsApp; no tenía cuerpo ni ganas. Quizá más tarde.

Cuando llegamos a la facultad me metí directamente en clase. Hicimos el camino casi todo el tiempo en silencio, salvo que Cloe le contó a Noemí que, a eso de las doce, le había mandado un mensaje a Hugo y este respondió

bastante tiempo después y solo con un «buenas noches, mi niña, mañana hablamos», y que se había quedado bastante extrañada.

Yo seguía en mi mundo, dándole vueltas a la conversación que había tenido con Gael la noche anterior y aguantando firme, aunque mi cuerpo se hubiera resentido seriamente a causa de la tensión.

A lo largo de la clase estuve totalmente ausente; no me acordaba de nada de lo que dijo la profesora. Me limité a hacer dibujos abstractos en el papel en vez de tomar apuntes, que es lo que tendría que haber hecho. Y mi distracción no debió de pasar desapercibida a mis amigas, porque, nada más acabar la clase y salir al pasillo, me cogieron cada una de una mano y me llevaron con ellas.

—O nos cuentas qué te pasa o te torturamos —dijo Noe directamente.

Resoplé y miré hacia otro lado.

—No hay nada que contar —respondí.

—Venga ya, Nai —intervino Cloe—. Otra cosa es que no nos lo quieras contar, pero que algo te pasa es evidente.

No podía decírselo, no me sentía con fuerzas como para narrar la historia dos veces en tan poco tiempo, y encima a personas tan importantes para mí. Sé que se lo debía, que les estaba fallando, pero estaba segura de que, cuando encontrara la ocasión de confesárselo, me entenderían perfectamente.

—Nena, estamos aquí para ayudarte. Y si hay que ir a partirle las piernas a Gael, salgo ahora mismo para allá.

Medio sonreí con tristeza. ¡Joder, no era justo! No lo era para mí, pero tampoco para ellas. No sabían lo que pasaba por mi cabeza y entendía perfectamente que estuvieran preocupadas, porque yo en su situación habría hecho lo mismo. Pero ¿qué podía hacer? Lo único que me apetecía era tirarme al suelo, llorar y patalear como una niña pequeña. Quizá así todo pasara más rápido y se olvidara antes, o, al menos, yo lo recordaba así. Cuando me hacía una herida, lloraba y mi madre venía, me abrazaba, me daba un beso en la magulladura y todo el dolor desaparecía. Pero, por lo visto, cuando el daño era interior no funcionaba de la misma manera.

—Esta mañana estabas rara, pero, sin embargo, cuando saliste de casa de Hugo en la sierra para verte con Gael te brillaban los ojos de alegría. Lo que está claro es que algo ha ocurrido en ese tiempo —concluyó Cloe.

Y tenía toda la razón del mundo. Había sido en ese periodo en el que mi vida había vuelto a dar un vuelco de ciento ochenta grados para volver a sentirme inestable.

Así que tenía que decirles algo que pudiera tranquilizarlas, y al menos que me diera el tiempo y la ventaja suficientes para prepararme.

—A ver, chicas... —dije por fin—, os prometo que os lo contaré.

—Entonces, ha pasado algo —me interrumpió Noe.

—Sí. Pero ahora no puedo contároslo y os juro que lo siento un montón —se me humedecieron los ojos—; necesito tiempo.

—Nai, me estás preocupando —intervino Cloe, con el gesto serio.

—No os preocupéis, de verdad.

—Somos tus amigas, nos preocupamos, nena. Y hasta que no me lo cuentes no me voy a quedar tranquila. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —susurré.

—Dame un abrazo, anda. —Y nos fundimos las tres en un abrazo que recompuso parte de mi desasosiego.



GAEL

Me pasé toda la mañana mirando el correo que habíamos creado Hugo y yo esperando a que ese sinvergüenza respondiera, pero pasaban los minutos y no daba señales de vida. Por un momento llegué a pensar que nuestro plan no funcionaría y que tendría que buscar mis propios medios para encontrarlo.

Comí en casa de Hugo. Me tenía recluido por miedo a que saliera corriendo de allí y le partiera las piernas, pero, claro, lo que no sabía él era que mi ansiedad crecía por momentos y que, como me lo encontrara en ese mismo instante, no respondería de mis actos.

Naira no había contestado a mi mensaje, cosa que incrementó mi preocupación por ella. ¿No habría ido el gilipollas a buscarla? ¿No la estaría esperando en la facultad? O a lo mejor ella no había ido ni a la universidad. Joder, ¿por qué no me respondía? Mi mensaje salía como que le había llegado, pero no me había dado ninguna respuesta. Quizá si probara a llamarla... No, mejor no agobiarla; evidentemente, tenía que estar pasándolo mal después de la conversación que habíamos tenido el día anterior. Pero yo no era nada objetivo en todo esto, y estaba tan furioso que a lo mejor veía fantasmas donde no los había.

Según nos tomábamos el café, mi móvil empezó a vibrar, y el tono que sonó era el que utilizaba cuando recibía algún *mail*. Creo que literalmente volé hasta la mesa del salón para coger el teléfono, lo que hizo que Hugo se atragantara con el café.

Abrí los mensajes del correo, pero solo había uno y era de publicidad. Mi gozo en un pozo.

—Me cago en la puta —dije—. ¡Este tío no va a responder nunca al jodido mensaje!

—Tranquilo, tío. Se lo hemos enviado esta mañana, así que lo mismo no lo ha visto aún.

—No lo sé... ¿Tú has hablado con Cloe hoy?

—Me ha mandado un mensaje hace poco más de quince minutos. ¿Por?

—¿Sabes si Naira ha estado con ella en la universidad?

—Pues no te puedo decir, no me ha dicho nada. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Esta mañana escribí a Naira para ver cómo se encontraba y no me respondió.

—Lo mismo no lo ha recibido.

—Sí lo ha recibido.

—Vaya..., quizá necesita tiempo, Gael. Piensa en lo duro de la situación que te contó ayer.

—Ya, intento pensar en eso —respondí, poniéndome las manos en la nuca —, pero lo único que me viene a la cabeza es que ese cabrón ha ido a por ella hoy y por eso no me contesta.

—¡Eh, para, para! ¡No te hagas líos en la cabeza! Si le hubiera pasado algo, ¿crees que no nos habríamos enterado?

—Hace tiempo le pasó y nadie se enteró —dije, frío como el hielo.

—Tienes razón. Mira, si quieres hablo con Cloe y le pregunto sutilmente.

—¿Lo harías?

—¿Tú qué crees?

E inmediatamente cogió su móvil para escribir a Cloe, pero al mismo tiempo el mío volvió a sonar como lo había hecho antes. Otro mensaje. Lo abrí y ahí estaba: su respuesta.

—¡Espera, Hugo, no le escribas! Ya tenemos la respuesta de ese hijo de puta.

Se me subió tal nudo a la garganta que no era casi capaz ni de tragar. No había leído aún lo que nos había contestado, pero solo el hecho de ver que el tal Mora había respondido me había revuelto el estómago hasta el punto de tener ganas de vomitar.

—Venga, tío, ábrelo —apremió Hugo.

Y le hice caso; pulsé sobre el mensaje y apareció su respuesta.

¡Hola, niña! ¡Claro que me gustaría conocerte! ¿Qué te parece si nos vemos en el parque del árbol de flores rosas esta noche a las once? Hay un banco justo frente a la fuente. ¿Por qué no me

mandas una fotito tuya de cuerpo entero para empezar a imaginarme lo que pueda pasar esta noche?

Me estaba poniendo enfermo solo de leerlo, como si me hubieran pateado el estómago. ¿Pero este tío de qué iba? La fotito se la iba a mandar quien yo le dijera, pero a las once de la noche iba a estar allí como un clavo para vernos las caras. Más me valía irme calmando a lo largo de la tarde porque, si no, se iba a llevar el primer puñetazo antes de saludarle.

—Trae, dame el móvil. Yo le respondo —dijo Hugo.

Y vi como empezaba a teclear.

¡Hola, guapo! Mejor no te mando foto y así la sorpresa te la llevas en persona. Quién sabe, lo mismo te sorprendo. Hasta las once.

Qué listo mi colega, todavía le pone que la sorpresa se la llevará en persona. Y tanto que se la iba a llevar; iba a flipar cuando, en vez de ver aparecer a una piba, se diera de bruces con mi careto. No sabía por qué me daba que me iba a reconocer al momento, pero Hugo estaría detrás de él para que no se escapara, si el muy cobarde intentaba hacerlo.



Al final, no tuve cuerpo para aguantar todas las clases y me fui antes a casa alegando dolor de estómago. Y no iba muy desencaminada, porque no me encontraba demasiado bien; los nervios se me habían ido a la tripa y se me habían quitado hasta las ganas de comer.

Como mis padres estaban trabajando tampoco tuve que dar explicaciones a nadie, salvo a mis amigas, que ellas sí me las pidieron. Mi cara debía de ser el reflejo de mi estado y tampoco insistieron mucho, así que me fui con la promesa de que al día siguiente hablaríamos.

—Te dejamos el resto del día de relax, pero, Nai, no puedes estar así. Queremos ayudarte y la única forma es que nos cuentes qué ocurre —dijo Noe.

—Acuérdate de cuando yo estuve tan mal; tú me decías que hablara, que no me lo quedara dentro, así que ahora ponte en nuestro lugar y déjanos ayudarte, ¿vale?

Asentí con una sonrisa triste, pero lo hice jurándome a mí misma que al día siguiente sabrían lo que había pasado.

Ya en casa, me di una ducha y me tumbé en la cama a descansar un poco, puesto que no había pasado buena noche. Me quedé adormilada y me despertó la vibración constante de mi móvil, que indicaba que tenía una llamada. Miré la pantalla y vi que era Gael. No le había respondido al mensaje todavía y probablemente estaría preocupado por mí después de lo que le había confesado la noche anterior, y con razón; había habido momentos demasiado duros como para ahora dejarlo de lado como si nada. Así que, al final, decidí responderle.

—¿Dígame?

—Nai —resopló—, me tenías preocupado. ¿Estás bien?

—Sí, sí..., tranquilo.

—Como no me habías respondido al mensaje y después de lo de ayer, pensé que no estarías bien.

—No te preocupes, Gael, de verdad.

—¿Has ido a la universidad?

—Sí, pero solo a primera hora. Después me he vuelto a casa.

—¿Y eso?

—Dolor de estómago.

—Sabía yo que algo no iba bien.

—Bueno, estoy un poco nerviosa y la tensión se me ha agarrado en esa zona, nada más.

—Vale, ¿estás mejor?

—Sí, me he dormido un ratito y ahora voy a ver si como algo.

—¿Quieres que comamos juntos?

—No, gracias, prefiero estar tranquila en casa.

—De acuerdo. —Agradecí que no insistiera.

—¿Ya has salido de la facultad?

—Eh..., no he ido hoy.

—¿Y eso?

—Quería acompañar a Hugo a hacer unas gestiones de un evento que tendrá lugar dentro de un mes. —Mentira.

—Ah, bien.

—¿Has quedado luego con las chicas?

—No, hoy creo que va a ser un día de pijama y televisión.

—¿Seguro que estás bien, Nai? —insistió.

—Sí, Gael, no te preocupes. Supongo que después del bombazo que te conté ayer quedan rescoldos aún encendidos y tengo que lidiar con ellos.

—Ya... ¿Te ha vuelto a llamar o a escribir ese cabrón? —soltó de sopetón.

—No. No he tenido noticias tuyas.

—Mejor.

No veía su expresión, pero por cómo hablaba estaba segura de que estaba tenso.

—Bueno, Gael, voy a ver si me preparo algo en la cocina.

—Vale, come algo; seguro que te sienta bien.

—Sí.

—Y llámame con lo que sea, ¿vale? Para lo que necesites.

—Lo haré. Hasta luego.

—Hasta luego, Nai. Un beso.

Colgué con un suspiro. Gael se estaba portando tan bien conmigo que me costaba guardarle rencor por lo que pasó. Hacía un par de días que habíamos

vuelto a acostarnos y aún guardaba ese buen sabor de boca, literalmente. Volver a sentirlo dentro de mí me había hecho recordar todo lo bueno que habíamos vivido y que se empañó con una cruel mentira.

Hugo me decía que le creyera, que Gael no había tenido ningún tipo de contacto físico con Úrsula desde que empezamos juntos, que solo hablaban por teléfono y poco, porque ya los dos tenían claro que su relación no iba a ninguna parte. Lo que ocurría era que su madre la quería a ella como nuera y sabía que yo era una amenaza, y buscó la manera de que Gael y yo termináramos la relación. De hecho, desde que se vieron en la fiesta de aniversario de sus padres, no habían vuelto a coincidir ni a hablar por teléfono, y Hugo me dijo que Gael había dado por zanjada esa historia para intentar recuperarme y que esperaría toda la vida si hacía falta.

En Hugo confiaba plenamente; no tenía por qué mentirme. Además, estaba saliendo con una de mis mejores amigas, y no creía que se jugara su relación por cubrir a Gael con más mentiras.

No sabía si quería creerle o no. Por un lado, deseaba que todo eso que me contaba fuera cierto, y así volver a confiar en él y estar juntos de nuevo para sentir otra vez todo eso que llaman amor.



GAEL

Me costaba mantener la calma sabiendo que en poco tiempo estaría frente al desalmado que robó parte de la inocencia de Naira, sin pedirle antes permiso. Quería causarle el mismo daño que le había hecho y que así sufriera como ella había sufrido. Pero sabía que conseguirlo era imposible, porque el daño había ido mucho más allá de lo físico, y sabía de sobra que ese cabrón no tenía ni un atisbo de mala conciencia.

Hugo me prestó algo de ropa para que yo no tuviera que ir a casa y saliéramos los dos juntos desde la suya hacia el parque donde habíamos quedado. ¡Qué ironías de la vida! La última vez que había estado en ese parque había sido cuando colgué unas llaves con Naira y nos prometimos amor eterno, y ahora volvía para encontrarme con un malnacido que le había jodido la vida. El mismo escenario para una situación tan diferente y desagradable.

Me encendí un cigarro mientras miraba por la ventana del salón; el cielo estaba un poco cubierto y parecía que en nada rompería a llover. Exhalé el humo despacio mientras intentaba imaginarme cómo sería el encuentro con el tal Mora. Esperaba que los nervios no me traicionaran, porque, si no, acabaría con él nada más cruzar nuestras miradas; tenía que tener cabeza y hacer las cosas bien, ya que un paso mal dado podría causarme muchos problemas, y el mayor de todos con Naira.

—Cuando quieras nos vamos, son las diez y media —oí a Hugo a mi espalda.

—Sí, nos vamos ya.

Apagué el cigarro en el cenicero de la mesa baja del salón, cogí las llaves del coche y nos fuimos.

El camino hasta allí lo hicimos en silencio; intenté relajarme y concentrarme en hacer las cosas bien. Hugo debió de entender mi comportamiento, porque tampoco dijo nada durante el trayecto. De vez en cuando nos mirábamos de soslayo; ambos sabíamos que estábamos juntos en esto, pasara lo que pasara.

No éramos unos matones, ni mucho menos; solo éramos dos tíos que queríamos hacer ver a otro que cualquier mujer se merece respeto y que cuando dice no, es que no. Y aunque sabía que si Naira se enteraba de esto se enfadaría conmigo, debía hacerlo, porque sentía una rabia y una impotencia tales que, cada vez que lo pensaba, me subía un calor por el cuerpo que me hacía querer ir a por él y hacerle pagar por todo lo que le había hecho sufrir a Nai.

—Puedes aparcar ahí —dijo Hugo, señalando un hueco que dejaba un coche al marcharse.

Salimos del coche y me volví a encender un cigarro, preso de los nervios. Me lo fumé en apenas cuatro caladas, profundas y largas, mientras exhalaba el humo por la nariz.

Justo antes de entrar en el parque, Hugo me puso la mano en el hombro, interrumpiendo mi marcha.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Nervioso y cabreado.

—Sé que es una situación muy delicada, pero piensa antes de actuar, ¿de acuerdo?

—No será fácil, Hugo.

—Sé que podrás.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

Y nos dimos un apretón de manos y una palmadita en la espalda.

—Vamos allá —dijo mi amigo con seguridad y mirando hacia el frente.

Nos adentramos en el parque, rodeando la zona del árbol, para ver primero si había llegado ya. No queríamos que nos viera él antes y, por lo que fuera, saliera por patas, así que teníamos que coger algo de ventaja.

—Ahí está el cabrón —musité, irritado.

Efectivamente, Mora esperaba sentado en el banco en el que habíamos quedado. Aún eran las once menos cinco y se mostraba distraído mirando el

móvil.

—Voy a ponerme por el otro lado —dijo Hugo.

—Vale. Primero voy yo y luego sales tú —respondí, sin perder de vista a mi presa.

—Perfecto. Gael —dijo, obligándome a mirarle—, ten cuidado.

Asentí, mordiéndome la mandíbula y con la respiración algo acelerada. Mi amigo desapareció entre los arbustos y cogí aire con fuerza, que exhalé de la misma manera. Había llegado el momento de cruzarme con él, cara a cara, sin secretos ni máscaras. Ahora yo tenía toda la información que en su día no tuve y eso me hacía estar en igualdad de condiciones, con la diferencia de que él pensaba que se iba a encontrar con otra inocente chica que bebería los vientos por él.

Antes de empezar a caminar hacia él, se me vino a la cabeza el desasosiego con el que Naira, el día anterior, me había contado lo que le había pasado, y eso no hizo más que alimentar mi mala hostia.

«Perdóname, Nai», susurré.

Y empecé a caminar a grandes zancadas hasta llegar al banco donde se encontraba mi objetivo.



GAEL

Me acerqué con paso decidido hasta donde se encontraba mi presa; iba con los puños tan apretados que me hacía daño al clavarme las uñas. Tenía que controlarme o las cosas no irían bien. En principio, lo llevaba todo pensado, y juro que en ninguno de mis planes estaba golpearlo (bueno, al principio, sí, aunque Hugo me hizo razonar), pero finalmente mis pensamientos primitivos volvieron a martillearme con fuerza en la cabeza.

Me quedaban apenas unos metros para llegar a él cuando vi que alzaba la vista hacia mí y la apartaba del teléfono. Alzó las cejas sorprendido; evidentemente me había reconocido.

—Buenas noches —dije, frío como un témpano.

Pude escucharle hasta tragar saliva; se levantó y se puso delante de mí.

—Soy tu cita —dije, hierático.

En ese instante la cara se le transformó; acababa de darse cuenta de la encerrona e intentó dar un paso atrás, pero el banco que había tras él se lo impidió.

—Te dije que te sorprenderías. ¿No vas a decir nada? Estás muy calladito.

—Que la bromita no me hace ni puta gracia —se envalentonó.

Su actitud no me gustó nada; es más, me puso de más mala hostia. Ese tono chulesco no me lo esperaba, aunque sabía que era un cabrón, pero no me imaginaba que se fuera a poner gallito tan pronto.

—Y menos gracia te va a hacer cuando te diga lo que te voy a decir.

—No me apetece estar aquí escuchando gilipolleces, me piro.

Pero no le dejé y le puse la mano en el pecho. Enseguida me la retiró de un manotazo y lo primero que se me vino a la mente fue partirle la cara, pero tenía que mantenerme frío. Le dediqué una mirada solemne y él me la sostuvo.

—A ver que me entere —dijo—. ¿A qué vienes? ¿A decirme cómo te lo montas con Naira? Contigo no fue una...

Primera hostia. Lo siento, no pude reprimirme más. Estaba aguantando demasiado, pero no podía permitir que el nombre de Naira saliera de su boca, y menos para faltarle al respeto. Ya se lo había faltado bastante.

Cayó sobre el banco, poniéndose la mano en la mejilla. Sabía que le podría haber dado más fuerte, pero tenía que asegurarme de que me iba a escuchar. Se revolvió y se levantó para ir a por mí, pero le esquivé y le di un puñetazo en el estómago que le hizo doblarse.

—¿Pero a ti qué coño te pasa? —me dijo entre jadeos.

—¿Quieres saber lo que me pasa? —Le agarré del cuello de la camiseta y le alcé hasta que nuestras miradas quedaron a la misma altura—. Pues te lo voy a decir. ¡Eres un hijo de la gran puta! ¡Humillaste a Naira e intentaste sobrepasarte con ella, y lo vas a pagar!

Se le transformó el gesto.

—¿Hace falta que te diga más? Te juro que ahora mismo te mataría y te puedo asegurar que no me quedaría ni un resquicio de cargo de conciencia, pero, fíjate, eres tan mierda que no pienso mancharme las manos de sangre por alguien tan sinvergüenza como tú...

Me miraba aterrado, con la respiración entrecortada.

—¿Qué? Ahora ya no te pones tan chulito, ¿no? —dije con una rabia muy difícil de controlar.

De repente, empezó a reírse de manera maquiavélica; incluso sus ojos habían adquirido una mirada desquiciada. Hasta que pronunció las palabras mágicas y me dio el pistoletazo de salida para descargar mi furia.

—¿Se ha dejado follar ya? Era una jodida estrecha —gritó.

Ahora sí que me volví loco. Le di un puñetazo en toda la nariz que le hizo sangrar al momento. Se intentó defender, pero no le di tiempo; un golpe en el estómago y otro en la mejilla, que le hizo caer al suelo de espaldas. Me agaché y, agarrándole del pecho, le volví a golpear.

—¡Gael! ¡Suéltalo! ¡Lo vas a matar! —gritó Hugo a mi espalda, mientras me sujetaba por la cintura e intentaba separarme de él.

Lo solté, no sin resistirme antes a darle el último puñetazo, pero volví a acercarme hasta pegarme a su nariz y le dije:

—Vuelve a acercarte a ella, a llamarla, a mirarla o simplemente a pensar en ella y te hundo la vida con una sola jodida llamada de teléfono, hijo de puta.

Me miraba aturdido —supongo que no se esperaba que yo reaccionara así —, pero no iba a permitir ni una sola falta de respeto, y se había pasado más que de sobra. Lo solté, lo empujé de nuevo al suelo y me di la vuelta rumbo al coche, con Hugo siguiendo mis pasos. Estaba muy nervioso, enfadado, pero también aliviado de poder haberle dado su merecido a aquel desalmado, aunque sobre mi conciencia pesaba el haberlo hecho tan mal. Yo solo iba a hablar, lo juro, pero somos personas con sentimientos, no máquinas, y mi corazón me dictó dar rienda suelta a lo que sentía.



A la mañana siguiente todavía estaba nerviosa. Les había dicho a mis amigas que les contaría mi secreto mejor guardado hasta el día anterior, cuando se lo había confesado a Gael.

Como todas las mañanas, habíamos quedado en la parada de metro para ir a la universidad. Estaba tan atacada que les mandé un mensaje a nuestro grupo de unicornias incomprendidas nada más levantarme.

Buenos días, chicas.

Cloe no tardó ni diez segundos en contestar.

Buenos días, mi niña. ¿Cómo estás? ¿Descansaste ayer?
Sí, la verdad es que me vino bien.

Noe se unió a la conversación también enseguida.

Buenos días, unicornias. ¿Ha pasado algo, nena?

No, nada. Solo que estaba pensando en que quedáramos ahora en mi casa en vez de ir a la uni y os cuento. No creo que aguante toda la mañana en clase sabiendo lo que viene después.

En cinco minutos estamos allí, nena. ¿Verdad, Cloe?

Verdad.

Gracias, chicas.

Y así fue como, en apenas diez minutos, estaban llamando al telefonillo de mi casa. Me puse un chándal negro a juego con mis ojeras, me hice una coleta alta, esboqué una sonrisa fingida y, tras contestar al telefonillo, pulsé el botón que abría la puerta.

Me quedé en el umbral, esperando el ascensor, para abrirles no solo la puerta de mi casa, sino también la de mis malos recuerdos.

Cuando llegaron traían un par de bolsas de una conocida cafetería y se dirigieron como una exhalación a la cocina.

—¡Buenos días, nena! —Noe me abrazó tras dejar sobre la mesa lo que habían traído.

—Hola, bonita —respondí, mientras me sentía arropada por el gesto.

—Abrazo de unicormiaaassssss —dijo Cloe, uniéndose a nosotras.

Joder, cómo quería a estas chicas... Estaban a mi lado siempre que lo necesitaba y cuando no, también.

Cogieron unos platos de la cocina, que se la conocían casi mejor que yo, y sacaron tres bebidas y tres paquetitos. De ellos salieron un trozo de *cheesecake* con dulce de leche, otro de tarta de zanahoria y otro de pastel de chocolate.

—¡Pero bueno! ¿Y esto? —pregunté.

—Hemos pensado que las penas, con dulce, son menos penas —respondió Cloe—. ¿No opinas tú lo mismo?

—Visto así..., sí. ¡Es que tienen una pinta que estoy por comerme los tres!

—¡Tampoco seas buitre, nena! ¡Déjanos algo a nosotras! —bromeó.

—Y esos tres vasos, ¿qué llevan dentro? Sorprendedme —exclamé.

—¡Tres pedazos de chocolate Frappuccino!

—¡Toma ya! Menudo desayuno que nos vamos a pegar. Mil gracias, chicas.

—No tienes que dárnoslas. Vamos a llevar todo esto al salón y a engullirlo como si estuviéramos locas.

Y eso hicimos; nos lo comimos hasta terminar literalmente chupándonos los dedos, y, ya con la tripa llena, las invité a que nos sentáramos en el sofá.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de contaros algo.

Ellas asintieron, serias.

—Sí que os pido que, una vez empiece, no me cortéis, porque no sé si voy a tener fuerzas después para continuar.

—De acuerdo —respondieron al unísono.

Cogí aire y las miré con nerviosismo, porque sabía que, a partir de ese momento, cuando yo contara lo sucedido, las cosas iban a cambiar entre nosotras. Y no porque se fueran a enfadar conmigo, sino porque me verían como víctima de un intento de abuso.

Empecé a contarles todo en el mismo orden y de la misma forma que lo había hecho con Gael; parecía que así daba menos miedo que si buscaba una

manera diferente de hacerlo.

Cuando llegué a la parte en la que íbamos en la moto y se desvió del camino, Noe abrió los ojos como platos, como sabiendo lo que le iba a decir después. Susurró un «hijo de puta» que no nos pasó desapercibido ni a Cloe ni a mí. En ese momento llegaba lo difícil, y más complicado aún decirlo sin llorar. Pero no pude evitarlo y las lágrimas me empezaron a caer a borbotones por el rostro, acompañadas de una respiración desacompañada. Y no lloraba solo por los recuerdos, también lo hacía por la sensación de culpabilidad de no habérselo contado antes a ellas.

Mis amigas me abrazaron y también derramaron algunas lágrimas de pena, impotencia y culpa por no haber estado a mi lado cuando eso ocurrió. Pero ¿cómo iban a hacerlo si yo guardé el secreto conmigo?

Pasamos la mañana juntas, en silencio, pero me acompañaban en mi angustia, que, gracias a ellas (y a Gael), ya no era tanta. Parecía que haberme escuchado narrar en alto lo que ocurrió lo hacía menos doloroso, porque había gente de mi plena confianza que acompañaba mi sufrimiento sin preguntas ni presiones.



Habían transcurrido un par de días desde que les contara a mis amigas lo que me pasó con Mora y terminé convenciéndolas de que me trataran con normalidad, que ya había pasado algo de tiempo desde que ocurrió y que no quería sentir que me tenían lástima. Así que esos dos días habían sido muy tranquilos; hablábamos de ello cuando había que hacerlo y lo ignorábamos en otras ocasiones.

Lo que me extrañó fue que no había sabido nada de Gael desde la última vez que hablamos, un día después de que se lo contara. Yo tampoco había intentado ponerme en contacto con él, porque me sentía rara después de lo ocurrido el fin de semana en casa de Hugo. Nos habíamos acostado varias veces, habíamos dado rienda suelta al corazón, que se expresó libremente y al que nosotros le dejamos hacer sin rechistar. Lo disfruté, lo reconocía, y sabía que él también, y es que volver a sentir sus labios sobre mí y sus manos recorriendo todos los rincones de mi cuerpo, oler su aroma e impregnarme de él fue un regalo. No sabía que lo echaba tanto de menos hasta que me robó un beso en su habitación; fue como respirar de nuevo sin nada que me oprimiera el pecho. Sentí que levitaba junto a él; hicimos el amor con tanto cariño y respeto que repetiría sin ninguna duda si no fuera por mis miedos.

Me acarició con los dedos y con la mirada, sus ojos bailaron con los míos una melodía inolvidable. Los dos queríamos hacerlo y por eso salió tan bien, estaba segura, y precisamente por la perfección del momento; me daba pavor volver a estar con él a solas, porque la última vez fue para hablar, pero la próxima no lo sería, si es que había una más.

Estuve tentada de mandarle un mensaje, pero ¿para decirle qué? En realidad, habría sido sencillo darle los buenos días y ya está, pero hasta eso me daba vergüenza. Así que al final no le escribí.

Llegué pronto a la parada de metro donde quedábamos todas las mañanas, y vi que Noe llegaba muy sonriente.

—¡Buenos días, nena! ¿Qué tal has dormido?

—Bien, ¿y tú?

—Fenomenal, he pasado la noche con Marco —respondió, mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza.

—Ya..., de ahí que tengas esa piel tan suave y tersa —bromeé.

—Qué gilipollas eres, nena —se rio.

—Os va bien, ¿eh?

—Joder, nos va de la hostia.

—Cuánto me alegro. Tú que te quejabas de que si la edad, bla, bla, bla...

—Ya, pero mira, por lo visto no soy tan niña como pensaba.

—No lo eres y nunca lo has sido, pequeña.

—Si es que eres un amor —dijo, pellizcándose suavemente el carrillo.

A un metro de distancia vimos a Cloe llegar con prisa y con gesto serio. «Más problemas no, por favor», pensé.

—Buenos días, chicas —saludó acelerada—. No sabéis a quién me acabo de encontrar de frente.

—¿A quién? —preguntamos al unísono.

—A Mora.

Decir que el estómago me dio una vuelta de campana no sería exagerar, es que casi pude sentir el movimiento. El corazón se me aceleró como un bólido de Fórmula 1, de cero a cien en un segundo y medio, y eso que no había sabido nada de él desde que conté mi secreto a mis amigas y a Gael.

—¿Y no le has dado una patada en los huevos? —dijo Noe, visiblemente molesta.

—No ha hecho falta.

—¿Por qué? —pregunté inquieta.

—Porque alguien se nos ha adelantado y le ha dado una buena paliza.

Los ojos se me abrieron como platos.

—¿Cómo que una paliza? —dije, nerviosa.

—Pues eso, tiene los dos ojos morados, el labio hinchado y un buen golpe en una mejilla.

—Pero... —No me lo podía creer.

—Me alegro de que alguien le haya partido la cara al cabrón ese.

—A ver, chicas, la violencia... —interrumpí.

—No, Nai —me interrumpió Noe—, casi te viola. Así que lo siento en el alma, pero se lo merece.

—¿Y te ha dicho algo?

—Ha bajado la mirada cuando nos hemos cruzado —respondió Cloe.

La noticia me dejó helada; le habían dado una paliza justo cuando yo había contado lo que me había hecho. Qué casualidad...

—Me cago en la puta —dije enfadada, mientras buscaba el móvil a toda prisa en mi mochila.

—¿Qué te pasa, nena?

—Gael.

—¿Cómo que Gael?

—Ha sido él.

—¿Qué dices? —respondió Cloe, preocupada—. ¿Cómo va a ser él?

—Porque lo sé. Me dijo que no me podía prometer que no se vengaría.

Por fin encontré el móvil y marqué el número de Gael, a punto de darme un infarto. Estaba más que segura de que él había ido a tomarse la justicia por su mano.



Me cogió el teléfono al tercer tono.

—Hola, Nai —dijo, animado.

—¿Dónde estás? —pregunté sin respirar.

—En casa, acababa de salir de la ducha. ¿Por qué? ¿Todo bien?

—¿Puedes venir a mi casa? —continué, fría y seria.

—Sí, claro, pero me estás asustando. ¿Estás bien?

—Hablamos ahora.

Y colgué.

—¿No has sido un poco borde sin saber seguro si ha sido él?

—Noe, sé que ha sido él, no tengo la menor duda.

—Hugo tiene que saberlo —afirmo Cloe—. ¿Quieres que le pregunte?

—No, tranquila, ahora Gael me lo va a confirmar él solito. Ya lo verás.

—Bueno, tú misma, pero estate tranquila, ¿vale? Que llevas una temporada con los nervios que al final te va a dar un chungo, nena. Anda, ven, dame un abrazo.

Y abracé primero a Noe y luego a Cloe. Ellas bajaron las escaleras del metro y yo me di la vuelta por donde había venido para regresar a casa y esperar a Gael.

¡Joder, es que estaba segurísima de que había sido él! Cuando hablamos le pedí que me prometiera que no tomaría represalias y no lo hizo, ¡dijo que no podía jurármelo si ni él mismo estaba seguro! Y era demasiada coincidencia que, justo nada más contárselo, apareciera el gilipollas de Mora con la cara hecha un cromo, ¿o yo estaba equivocada?

Por un momento pensé en llamar a Hugo y que me contara lo que había pasado (o no) para no meter la pata con Gael, pero acabé desestimando la idea, porque sabía que nada más lanzar la pregunta a Gael, obtendría su respuesta solo con la mirada.

Cuando llegué a casa me senté en el sillón a esperar, pero no pude aguantar ahí ni un segundo. Estaba tan nerviosa que los minutos se me estaban

haciendo horas y parecía que llevaba días esperándole, cuando en realidad habían pasado apenas quince minutos.

Miraba por la ventana y luego me paseaba por el salón, hasta que, al cabo de unos veinte minutos, vi como el coche aparecía por la esquina y aparcaba frente al portal. Gael se bajó rápido del vehículo y cruzó la calle a paso ligero mientras se guardaba las llaves en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

Apenas sonó el portero automático, di al botón sin preguntar quién llamaba, dejé la puerta de la calle entornada y me apoyé de pie en el respaldo del sillón, con los brazos cruzados, esperando que apareciera.

Oí llegar el ascensor y, en segundos, se abrió la puerta de mi casa. Gael tenía cara de preocupación, el ceño fruncido y la respiración alterada.

—Naira, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? —dijo, acercándose a mí y poniéndome las manos en los brazos.

—Dime que no has sido tú —dije, hierática.

—¿Yo? —dio un paso atrás—. No te entiendo.

—Mora.

El gesto se le cambió, incluso podría asegurar que se puso algo pálido. Ahí tenía mi respuesta: sabía que no me hacían falta palabras para que me lo confesara.

—A ver, Nai... —dijo con un hilo de voz, volviendo a acercarse a mí.

—No, Gael —respondí, rechazando su cercanía—. ¿Por qué? ¿Te pedí que no lo hicieras! ¿Tan difícil era de entender?

—Te dije que no podía prometerte nada.

—Joder, Gael, ¿sabes que te podrías haber metido en un lío!

—Sí, era consciente, pero no podía dejar que se fuera de rositas después de lo que te hizo.

—Ya era pasado.

—¡No lo era, tú seguías sufriendo mucho y no se lo habías contado a nadie porque ese cabrón te tenía amenazada! —respondió nervioso, alzando las manos.

—¡Lo sé! ¡Pero no era tu guerra!

—Fue mía en el momento en el que me lo contaste.

—¿Por qué?

—Porque te quiero. Porque te amo como a nada en este mundo. Porque estoy enamorado de ti hasta los huesos. ¿Te parecen suficientes razones, Nai?

Me quedé callada sin saber qué decir ante semejante respuesta que, desde luego, no me esperaba para nada. Lo miraba sin saber qué hacer; lo que él no

sabía era que yo también le quería con locura y que en el fondo le agradecía que me hubiera quitado de en medio a aquel malnacido, pero no podía ser tan sincera y decírselo tan claramente.

Se acercó despacio a mí, hasta que nuestros cuerpos estuvieron a pocos centímetros, y alzó la mano lentamente para acariciarme la mejilla con suma delicadeza. Cerré los ojos y dejé caer mi rostro sobre ella para sentirla más cerca mientras la sujetaba con la otra mano. Entonces Gael me abrazó, posó su cabeza sobre mi pelo y me dio un suave beso.

—Lo siento, Nai, lo siento mucho —susurró.

Negué con la cabeza sobre su pecho y le di a entender que no había nada que perdonar, que me gustaría estar así con él el resto de mi vida, abrazados, juntos, sintiendo el latir de nuestros corazones al unísono.



GAEL

Cuando oí el móvil salí de la ducha y, con la toalla en la cintura y el pelo empapado, vi que en la pantalla parpadeaba el nombre de Naira. Lo cogí con una sonrisa en los labios y, apenas contesté, su respuesta fue dura. Me preguntó si estaba en casa y si podía ir a la suya inmediatamente, y por un momento pensé que el gilipollas de Mora había ido a verla o le había hecho algo. Pero me confundió el hecho de que su tono de voz fuera tan frío; no había ni un atisbo de miedo o preocupación. Así que, nada más colgar, me vestí y, con el pelo aún mojado, salí disparado hacia su casa, que estaba como a unos veinte minutos de la mía si había tráfico, y lo había. Hice el camino nervioso y sin saber qué coño pasaba.

Pero no tardé en descubrir el motivo de su enfado; nada más ver la postura con la que me recibió en su casa, me hizo retraerme. Fría, impassible y de pie con los brazos cruzados; algo iba mal, pero ya fue a peor cuando de sus labios se escapó el nombre del impresentable: Mora. Se me cayó el mundo encima; a ver cómo le justificaba que había ido a por él por ser un hijo de puta que se había sobrepasado con ella y que le hubiera matado en el parque por faltarle al respeto si no llega a ser porque Hugo me detuvo. Cómo decirle todo esto sin hacerle daño.

Tuve que pensarme muy mucho qué decir y, sobre todo, cómo decirlo, mientras ella se enfadaba y me recriminaba lo que había hecho, hasta que me vi con fuerzas para decirle que no era solo su guerra, que era también la mía porque la quería con locura y no iba a dejar que nunca más le pasara nada malo; y no debía de esperárselo, porque su gesto cambió, se suavizó. Y la vi tan frágil que la habría besado hasta la extenuación, la habría llevado a la

cama y habríamos estado acurrucados hasta el final de nuestros días para protegerla y colmarla de amor.

Pero no podía hacer eso, así que, al ver que sus ojos empezaban a empañarse, me acerqué despacio, con miedo a que me rechazara, y puse la mano sobre su rostro para acariciarlo con suavidad, y ella no solo no se apartó, sino que ladeó la cabeza y se dejó llevar, al tiempo que cerraba los ojos. En ese momento supe que en realidad no estaba enfadada conmigo, solo nerviosa por todo lo sucedido —y era normal que lo estuviera—; no tuvo que ser nada fácil guardar el secreto tanto tiempo.

Así que la abracé y le pedí perdón. Nos quedamos así un buen rato hasta que se separó y me cogió las manos para mirarlas. Aún quedaban restos de la pelea: los nudillos seguían magullados y algunos un poco inflamados. Me miró asustada y yo me quise morir; no quería que me los viera, así que tuve que mirar hacia otro lado y coger aire para no retirar las manos y parecer arisco.

—Gael —me dijo, haciendo que volviera la cara para mirarla.

—No es nada —respondí, tragando saliva.

—Sí lo es. ¿Te duele?

—Un poco.

—¿Puedo preguntarte cuándo...? —Y se calló, bajando la mirada sin saber cómo hacer la pregunta.

—¿Cuándo fui a por él?

—Sí.

—Eso ya no importa, Nai. Lo importante es que ya no te molestará más, te lo juro.

—¿Estás seguro?

—Te lo prometo. Confía en mí.

Yo sabía que no era fácil que volviera a confiar en mí, pero iba a hacer todo lo posible y lo imposible por que volviera a hacerlo y que me diera otra oportunidad. Esperaría el tiempo que ella necesitara, sin presiones, pero sin dejar de luchar nunca por ella.



Después de que Gael viniera a mi casa y de que Cloe me dijera que Hugo también había estado con él el día de la pelea, me pillé unas anginas tremendas, que me tuvieron con fiebre y en cama una semana y pico. Suponía que todo esto había tenido que ver con que el frío ya se estaba asentando y avisaba de que se acercaban las Navidades, y que me quedé flojita, sin defensas, después de todo el estrés vivido durante los días anteriores.

No me vino mal; me dio tiempo a descansar y sobre todo a pensar. A darle vueltas a todo lo que había pasado y a recapacitar con claridad, sola y sin nadie a mi alrededor. No es que no quisiera que vinieran mis amigas a verme, todo lo contrario, pero todos en la vida hemos necesitado un momento (o muchos) para estar a solas con nosotros mismos y mantener una conversación de tú a tú, y aclarar todos esos nubarrones que a veces sobrevuelan nuestras cabezas. Necesitaba deshacer todos los nudos que se habían hecho en el ovillo de mi vida y verlo de nuevo desenmarañado.

Gael me escribió todos los días, pero le dije que de momento prefería no verlo porque necesitaba poner distancia entre nosotros, después de todo lo que había pasado, pero que no tenía ningún problema en hablar por mensaje.

Hugo sí vino, primero a pedirme también perdón por lo de Mora y después para darme un achuchón. Y se lo agradecí. Hablamos largo y tendido sobre cómo nos sentíamos; era tan fácil conversar con él... Me alegraba mucho de que Cloe y él estuvieran juntos.

Había pasado un mes desde que Gael se tomó la justicia por su mano y no nos habíamos vuelto a ver desde el día que vino a casa. Diciembre había entrado sigiloso y el frío cada vez era más notable.

Yo estaba muy animada porque parecía que los fantasmas del pasado empezaban a desaparecer y, como decía una frase que leí, «el tiempo no borra los problemas, los ubica». Estaba claro que a Mora lo había colocado muy lejos de mí, porque por fin estaba contenta, sonreía a diario y no miraba el móvil con el miedo a recibir un mensaje amenazante.

A ver, estaba claro que lo que me pasó estaba ahí, e iba a estarlo toda la vida, pero había conseguido verlo de otra manera gracias al apoyo de mi gente. Ellos habían logrado darle la importancia que tenía, sin que eso me perjudicara en mi día a día. Y también estaba el hecho de que, físicamente, estar malita me había hecho coger fuerzas para encarar las cosas y tener más seguridad en mí misma.

Un viernes habíamos quedado las tres para ir a un *pub* a tomarnos algo tranquilamente; no nos apetecía mucho meternos en una discoteca donde tuviéramos que hablar a gritos para poder escucharnos y estar rodeadas de un montón de gente bailando.

Era un local que habíamos conocido gracias a unas compañeras de la universidad, que iban los fines de semana, y pintaba muy bien. Así pues, fuimos un día, nos gustó y queríamos repetir otra vez.

Eran las once cuando llegamos y aún no había mucha gente, así que nos sentamos en unos amplios y mullidos sillones que rodeaban una mesita redonda de madera.

La decoración era espectacular, con paredes y butacas de terciopelo rojo, alfombras de leopardo y una robusta barra iluminada por una fila de pequeñas lámparas. Una seña de identidad del local eran los cócteles que preparaban, verdaderas maravillas, y de ahí que cogiéramos la carta nada más sentarnos para elegir uno de los muchos que había.

Pensamos en pedirnos el mismo las tres y terminamos decidiéndonos por el *Fiyi Love*, que no teníamos ni idea de lo que significaba, pero solo por el hecho de que llevara la palabra amor en su nombre fue suficiente para ser el elegido. Es que las tres éramos muy amorosas. Su composición también nos llamó la atención: ginebra, sirope casero de lavanda silvestre, frambuesas, pomelo, lima y ¡clara de huevo!

Mientras esperábamos que el camarero, que por cierto era un bombón y la mar de simpático, nos lo trajera, me llegó un mensaje al móvil. Lo saqué del bolso y, al mirar la pantalla, vi que era de Gael. Me escribía casi todos los días para ver qué tal, yo le preguntaba lo mismo y hablábamos un poco. No me llamaba, y casi lo prefería, porque haber escuchado su voz me habría desestabilizado un poco, estaba segura. Al final, había encontrado un pequeño estudio donde mudarse y estaba empezando a preparar las cosas para irse lo antes posible y así dejar el ático de sus padres para no tener que deberles nada. Había ayudado a Hugo con algunas gestiones de sus negocios y eso le estaba permitiendo ahorrar un poco, que, añadido a lo que tenía, le daba para

el primer mes y la fianza. Además, como era un estudio que necesitaba algo de reforma, no le había salido muy caro, y le habían dado las llaves unos días antes para que pudiera pintarlo y adecentarlo un poco antes de entrar a vivir. Los dueños eran un matrimonio octogenario que residía en el mismo edificio; habían tenido alquilado el estudio y sus anteriores inquilinos se lo habían dejado destrozado. Le dijeron a Gael que si él lo arreglaba le bajarían el alquiler. Según le contaron, no es que necesitaran el dinero, pero preferían tenerlo ocupado antes que abandonado.

Así que abrí el mensaje para leerlo:

Hola, Nai. ¿Qué tal va el fin de semana? Yo aquí, acabando de pintar el estudio. Ya sé que no es el mejor plan para un sábado por la noche, pero no te imaginas las ganas que tengo de verme.

Sonreí instintivamente, aunque la verdad es que creo que lo hice en cuanto vi que el whatsapp era suyo.

¡Hola, Gael! Nosotras estamos tomando algo en un *pub* de Malasaña, el que te conté el otro día. Hoy hemos pedido un cóctel nuevo; estamos esperando que nos lo traigan.

¡Qué bien! ¿Ves como sabía yo que había mejores planes para un fin de semana?

Bueno, lo mismo pintar te aporta más que beber —respondí con un emoticono sacando la lengua.

Si al menos tuviera tu compañía, te aseguro que sería mucho más divertido.

Pues te aviso que no se me da nada bien pintar.

Ya te enseñaría yo...

Seguro, acabaríamos pintándonos el uno al otro.

¿Y sería algo malo? Al final también estaríamos pintando, ¿no? Pero en vez de la pared, el cuerpo.

Body painting se llama eso, y creo que no es exactamente lo que estás haciendo tú.

Ah..., eso no lo sabes; lo mismo me estoy haciendo un cuadro abstracto en los brazos.

Me reí al leer el comentario e imaginarme la escena.

Seguro que estarías precioso.

No más que tú si hubieras venido a pintar conmigo.

¿Estás coqueteando conmigo? —vacilé.

Nunca he dejado de hacerlo.

Vale. Cambiemos el tono de la conversación, que podemos acabar muy mal.

O muy bien.

Gael...

Naira...

¡Quieres parar! —me reí, sin que pudiera verme ni oírme.

Esta conversación habría sido mucho más divertida si hubiera sido hablando por teléfono.

Seguramente, pero no lo ha sido. Y casi lo agradezco.

¿Por qué?, ¿habrías sucumbido a mis encantos? —respondió con un emoticono riéndose.

Eso nunca lo sabrás.

O sí.

Y, en décimas de segundo, mi móvil empezó a sonar. El muy capullo me estaba llamando y yo, con las mariposas revoloteando a sus anchas por el estómago que me decían a gritos que se lo cogiera. Cómo sabía ponerme nerviosa...

Desde el primer momento, mis amigas sabían que estaba hablando con Gael, y las muy pedorras ni me hablaban para que no dejara de mensajearme con él. Además, debía de tener tal cara de tonta mientras le escribía que me delataba sin decir ni una sola palabra.

Me gustaba mucho hablar con él, era muy respetuoso y nunca tonteaba conmigo en nuestras conversaciones; siempre hablábamos de la universidad, de qué tal nos iba, de que de vez en cuando me quedaba un par de horas cuidando a la niña de la vecina de arriba para ganarme algo de dinero o de cómo estaba él ayudando a Hugo para poder trabajar y estudiar a la vez.

Pero nunca un tonto tan descarado como el de esa noche...



Así que al final acabé cogiéndole el teléfono, con todas las consecuencias.

—¿Por qué me llamas? —pregunté entre risas.

—¿Por qué no? —respondió en el mismo tono.

—¿Quizá porque habíamos quedado en no hacerlo? —vacilé.

—Las reglas están para romperlas, Nai...

—No siempre, pequeño.

—La verdad es que quería proponerte algo y me parecía más sensato hacerlo por teléfono.

—Uy..., ¿una proposición?

Era totalmente consciente de que estaba coqueteando con él de forma descarada; le estaba siguiendo el juego y estaba siendo muy divertido. La verdad es que echaba de menos el filtrar con alguien...

—Estoy tirando la casa por la ventana hoy, ¿eh? Te llamo, te hago una proposición... Se me está yendo de las manos —bromeó.

—Sí, sí, el olor a pintura te está trastornando.

—Debe de ser eso...

—Bueno, y ¿qué me quieres proponer?

—Matrimonio será demasiado, ¿no?

Joder, cómo me gustaba este chico.

—Quizá es demasiado pronto —me reí.

—Vaya, lo intentaré de nuevo más adelante, entonces.

—Vale.

—¿Vale? —respondió, sorprendido, mientras intuía una sonrisa en su rostro.

—¡No, no! No quería decir...

—Nai —me interrumpió.

—¿Qué?

—Piensa lo que dices, que me tiro al cuello sin pensarlo.

Ufff, qué calores me estaban entrando por todo el cuerpo.

—Bueno, a ver, ¿qué querías proponerme?

—Quedar mañana contigo. Me encantaría que vinieras a ver mi nueva casa y luego podemos cenar algo por ahí si quieres. Y antes de que respondas que no, porque sé que tu respuesta va a ser negativa, te lo justifico diciéndote que para mí es importante que conozcas el estudio; quiero que me des tu opinión y que le des el visto bueno. Y qué coño, Nai, que estoy deseando volver a verte, joder.

La sonrisa del tonto desapareció para dar paso al miedo más absoluto de volver a ilusionarme para luego darme la hostia. No sabía si sería capaz de soportar otra caída como la primera.

—Gael, yo...

—Nai, ven solo a ver el estudio y luego, si quieres, te llevo a casa.

Joder, pero ¿por qué no hacerlo si era lo que más me apetecía? ¡Tenía que parar de pensar tanto, porque me perdía muchas cosas y me estaba cansando! Así que tenía que empezar a espabilar.

—Venga, vale.

—¿Vale?

—¿No quieres?

—No, joder, ¡es que no me esperaba que dijeras que sí! —dijo, animado.

—Pues no te lo pienses mucho porque rápido me arrepiento y cambio de opinión —vacilé.

—¡No, no! ¿Te parece bien que vaya a recogerte sobre las siete?

—Puedo ir en metro.

—No, quiero ir a recogerte yo, ¿te importa?

—Vale, pues a las siete en mi portal.

—Genial. Gracias, Nai.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y colgué el teléfono con una sonrisa en los labios, que era imposible que fuera más amplia. Mis amigas me miraban con cara de «o nos lo cuentas todo o te torturamos» y me vi *obligada* a leerles los mensajes del móvil y a contarles lo que habíamos hablado.

Me sentía como levitando; hacía mucho que no escuchaba su voz, y la verdad es que las últimas veces había sido en otras circunstancias muy diferentes, nada de tontos ni conversaciones banales donde nuestro único y último objetivo era disfrutar.

Noe y Cloe se alegraron un montón por mí. Me dijeron que ya estaba bien de guardar luto por algo que había pasado hacía tiempo y, sobre todo, porque se me notaba a la legua que quería estar con él.

—He hablado mucho de este tema con Hugo —dijo Cloe— y me cuenta que Gael está muy pillado por ti, y que desde que pasó lo que pasó no ha vuelto a quedar con ninguna chica, ni a hablar con su ex, ni nada que pudiera hacerte daño. Dice que se pasa la vida hablando de ti y que luchará por que volváis a estar juntos, si es que tú quieres volver en algún momento.

Confiaba en Hugo; era buen tío y nunca me había dado motivos para dudar de él. Las palabras de Cloe me hicieron pensar y me animaron todavía más a quedar con Gael.



El domingo amanecí nerviosa e ilusionada, con muchas ganas de que llegaran las siete y bajar al portal a ver a Gael. Si es que tenía que haber quedado con él a las ocho de la mañana..., así se me hubieran quitado antes los nervios. A ver quién aguantaba hasta las siete dando vueltas por el salón como un gato encerrado.

Mis padres estaban en casa, pero el día anterior me dijeron que habían quedado para comer con unos amigos, así que también comería sola... Joder, qué buen plan.

Cierto es que también me invitaron a comer con ellos, pero como que no me veía en casa de los amigos de mis padres pasando parte del domingo. Así que, al final, y tras darle algunas vueltas (como siempre), decidí hacer algo que jamás pensé que haría.

Cogí el teléfono y busqué el contacto de Gael; no tardé mucho en encontrarlo porque estaba el primero, después de la llamada de la noche anterior.

—¡Buenos días, preciosa! —respondió risueño.

—Buenos días. ¡Qué contento estás, ¿no?!

—Tengo motivos para estarlo.

—¿Ah, sí? —bromeé—. ¿Cuáles?

—¿No lo sabes o es que quieres oírmelo decir...?

—La segunda opción es succulenta.

—Pues escucha atentamente —exclamó—: estoy feliz porque la mejor chica del mundo, a la que quiero con locura, va a venir a ver mi estudio esta tarde y, si me porto bien, a lo mejor hasta la invito a cenar.

—Vaya, entonces tienes que portarte muy bien, ¿eh? Que lo mismo se te escapa.

—Ya intentaré que no lo haga.

—Bueno..., cambiando de tema. ¿Qué haces?

—Me acabo de levantar. Anoche me quedé hasta tarde pintando, pero al final terminé. Y tú, ¿qué tal el cóctel de ayer?

—Una bomba, pero estaba buenísimo. Solo me tomé uno porque, si no, podría haber acabado bastante perjudicada. —Se rio al otro lado del teléfono—. Bueno, que te llamaba por si te apetecía que comiéramos juntos.

—¿Cuándo? ¿Hoy?

—Sí.

—¿No puedes venir entonces esta tarde?

—Sí, sí, claro que puedo.

—Entonces, ¿me estás proponiendo pasar el día entero juntos?

En su voz se adivinaba que estaba sorprendido.

—Sí, pero si no puedes... —me corté.

—Naira, llevo tanto tiempo queriendo quedar contigo que si rechazara esta oferta sería gilipollas. Y ¿qué me propones?

—Pues no sé, puedes venir a casa, pedimos algo para comer y vemos una peli. Y ya después nos vamos a ver el estudio.

—Joder, qué buen plan. Entiendo que tus padres no están; no creo que me invites para comer los cuatro juntos, ¿no? —se rio.

—Están en casa de unos amigos, tonto.

—¿Y si vuelven pronto a casa y me encuentran allí?, ¿me meto en el armario o debajo de la cama?

Solté una carcajada.

—Tendrás que saltar por la terraza.

—Joder, sí que es arriesgado quedar contigo.

—Tendrás que asumirlo —coqueteé—, aunque si te sientes más cómodo en tu casa, en el ático, podemos comer allí.

—Menos tenso, seguro —se rio—; todo el rato pendiente de no meterte mano por si suena la cerradura.

—¿Meterme mano?

—¿He dicho eso? Joder, me ha traicionado el subconsciente. Quería decir, todo el rato pendiente de la peli.

—Claro, claro. Bueno, entonces ¿cuándo nos vemos?

—¿Te viene bien que te recoja a las doce y media?

—Qué pronto comes tú, ¿no? —pregunté, jocosa.

—Quien dice comer, dice también aperitivo.

—Ah, vale, me parece bien.

—Genial, entonces. Nos vemos en un ratito.

—Sí, hasta luego.

Y colgué el teléfono, con una sonrisa tatuada en los labios y suspirando como una tonta. Íbamos a pasar el día juntos y yo, sinceramente, lo estaba deseando.

Ahora solo me quedaba elegir qué ropa me iba a poner, así que, después de una ducha calentita que me vino de lujo, abrí el armario dispuesta a elegir primero la ropa interior adecuada, no porque fuera con ninguna intención, pero, oye, mi madre siempre me ha dicho que hay que salir a la calle aseada y con ropa interior limpia por si tengo algún accidente (la verdad es que nunca contemplo la opción de encontrar un ligue).



Como ya el tiempo obligaba a llevar chaquetita y me consideraba bastante friolera, me puse unos vaqueros con unos botines planos de cuero negro, una camiseta de manga larga negra algo ajustada y, sobre ella, una chaqueta gordita de lana de color gris. Y un abrigo claro, un tres cuartos de Desigual que me habían traído los Reyes Magos las Navidades pasadas y, la verdad, me encantaba.

Me dejé el pelo suelto, haciéndome unas ligeras ondas tras pasarme el secador, y me maquillé con suavidad: un poco de crema hidratante, dos capas de máscara de pestañas y un poco de *gloss* que dio brillo a mis labios.

Cogí la mochila blanca, adornada con dibujos de unicornios (no podía ser de otra manera), y esperé sentada en el sillón, muerta de nervios.

Miré el reloj y eran solo las doce y diez, ¡me quedaban aún veinte minutos de espera! ¡Pues sí que estaba impaciente, que me había arreglado tan pronto!

Cogí el móvil y estaba empezando a mirar las redes sociales cuando, de repente, sonó el telefonillo; me levanté corriendo.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy Gael.

—Ya bajo.

Por lo visto, él también se había preparado pronto, porque había llegado mucho antes de la hora a la que habíamos quedado.

Volví a mirarme en el espejo que teníamos en la entrada para dar los últimos retoques al pelo y al maquillaje y, después de dedicarme una gran sonrisa ante él, salí de casa.

Cuando abrí la puerta del portal estaba esperándome apoyado en su coche, con una cazadora de cuero y unos vaqueros oscuros. ¡Madre mía, qué guapo estaba! Al oír la puerta alzó la vista y, nada más verme, una sonrisa iluminó su cara y su gesto se me contagió. Por Dios, parecíamos dos jodidos tortolitos.

—Hola, Nai. —Se acercó a mí para darme dos besos.

—¿Qué tal, Gael?

—Ahora mucho mejor. ¿Nos vamos?

—Claro —respondí, algo sonrojada.

Me abrió la puerta del coche y, con su mano en mi espalda, me invitó a entrar. Sonreí ante su gesto, mientras lo observaba pasar por delante para después meterse en el coche.

—Estás hecho todo un caballero, ¿eh?

—Sí... —sonrió tímido—, intento impresionarte —susurró.

Arrancó y nos pusimos en marcha hacia el ático, ambos con una sonrisa en los labios. Lo miraba de soslayo; tenía una mano en el volante y la otra sobre la palanca de cambios. Me parecía tan sexi verle conducir..., aunque la verdad es que todo en él me lo parecía, para qué me iba a engañar. Pero tanto se me notaba que, en una de esas, me pilló mirándole embobada las manos, y ni me enteré de que había parado ante un semáforo en rojo.

—¿Me estás mirando las manos? —dijo.

—¿Qué? —respondí, sobresaltada.

Joder, tenía que disimular un poco más, se me notaba mucho.

—Que si me estás mirando las manos... Que no es que me importe, ¿eh?

—Pues... sí, las miraba —dije, intentando salvar la situación y no decirle directamente que estaba recordando cuando me acariciaba con ellas.

—Te has puesto colorada —vaciló.

—¿Qué dices!

—Es verdad. Mis manos te han puesto colorada.

—Anda, no digas tonterías y conduce.

—Está en rojo.

—Ah.

—Como tus mejillas —bromeó entre risas.

—¡Venga ya! ¡Deja de vacilarme! —respondí, dándole un golpecito en el hombro—. Bueno, dime qué vamos a comer.

Necesitaba un giro en la conversación o acabaría confesándole que tenía razón y que notaba que las mejillas me ardían al recordar los momentos íntimos juntos.

—Lo que quieras. ¿Qué te apetece?

—Comida japonesa.

Me miró mientras el coche empezaba a moverse tras cambiar de color el semáforo.

—¿La misma que cenamos solos la primera vez que viniste a casa de mis padres?

—Sí, ¿por qué no?

—Me parece bien. Es que por un momento me ha traído recuerdos, nada más —respondió, mirando al frente y concentrándose en la carretera.

Había causado en él el efecto que quería, y que era justo eso, provocarle recuerdos de nuestros comienzos. Ese día estuvimos a punto de hacer el amor, pero mis miedos me paralizaron, aunque ahora la cosa era diferente; íbamos a estar en otro lugar, aunque con los mismos protagonistas: él, yo y la comida japonesa.



Cuando aparcamos en el garaje del ático estaba supernerviosa. En realidad, esto era una cita en toda regla, aunque los dos intentáramos enmascararlo de algo como una quedada para ver su nueva casa y darle mi opinión.

Y lo que la hacía especialmente distinta a las demás que habíamos tenido era que se trataba de la primera después de haberle contado mi gran secreto. Ahora me presentaba sin escudos ni fantasmas que me hablaran al oído para recordármelo constantemente. En ese momento éramos él y yo, solos, sin terceras personas invisibles que antes se habían instalado en mi cabeza para no dejarme seguir adelante.

Subimos en el ascensor entre risas cómplices y una timidez que antes no teníamos. Joder, parecía que era la primera vez que nos veíamos; era como si hubiéramos recobrado la ilusión del inicio y los nervios de no saber cómo actuar ante el otro. Era tan bonito y a la vez tan mágico...

Cuando entramos en el ático, había unas cuantas cajas por el medio en el salón, las estanterías vacías y un par de maletas junto a la puerta de la habitación principal. Los muebles seguían en el mismo lugar donde los vi la última vez.

—Los muebles estaban ya aquí cuando viniste, ¿verdad? —pregunté.

—Sí —dijo, mientras tocaba uno de los radiadores para comprobar que estaban encendidos—. Lo bueno de esta mudanza es que no tengo que llamar a un camión para que me lleve los muebles; en mi coche, con tres o cuatro viajes, lo llevo todo.

—¿Has comprado ya alguno?

—¿Muebles? No, ninguno. Quería acercarme un día de esta semana a Ikea para empezar a mirar, o me veré durmiendo en el suelo —bromeó.

—Deberías, porque ¿cuándo quieres irte?

—Espero poder tenerlo todo pintado y preparado para dentro de poco más de una semana. Quería mudarme antes de Nochevieja.

—¿Por algo en especial?

—No, supongo que porque me muero de ganas de devolverles las llaves a mis padres y no tener que sentirme en mi casa como de prestado.

—Ya, no tiene que ser cómodo.

—No, no lo es... Pero, oye, estoy pensando, ¿por qué no me acompañas a mirar los muebles? Un punto de vista femenino me vendrá muy bien. Si no, ya te digo que me veo con un sofá cama, una tele de cincuenta pulgadas y cervezas en la nevera.

Me reí ante su comentario.

—Sé que eres lo suficientemente inteligente como para decorar el estudio de manera medianamente decente.

—¿Medianamente? —alzó las cejas, riéndose.

—A ver, cierto es que el punto de vista de una mujer es distinto al de los hombres...

—¿Y eso? ¿Prejuicios quizá? —bromeó, acercándose peligrosamente a mí.

—¿Prejuiciosa yo? ¡Ni de coña! —respondí, quedándome en el sitio para comprobar hasta dónde llegaba.

—Vamos a hacer una cosa: tú me acompañas, pero yo elijo los muebles. Así podrás comprobar que tengo muy buen gusto —acercó sus labios a mi oído— y verás que solo era una excusa para pasar más tiempo contigo.

Joder, se me erizó el vello del cuello; como no se retirara pronto me lo tiraba encima de las cajas si hacía falta. Me removí hasta que nos quedamos de frente.

—Y yo te voy a demostrar que tengo mejor gusto que tú —fruncí los labios.

—¿Seguro? —dijo, ladeando la cabeza con una sonrisa canalla.

—Seguro —musité.

Tragué saliva y mi instinto me llevó a hacer algo que sabía que tendría consecuencias inmediatas, y era morderme el labio mientras le miraba fijamente. Y las tuvo. Gael resopló y el gesto se le cambió de macarra a lobuno.

—Nai... —susurró, demasiado cerca de mis labios—, te dije que ante la primera señal me tirarías a tu cuello.

—Hazlo.

No sé de dónde saqué la voz para decir eso, porque me temblaban hasta las piernas al tenerlo tan cerca.

No hubo que decir más; se lanzó a mi boca como una fiera a su presa y me cogió de la nuca para evitar que mi lengua se separara de la suya. Me derretí de nuevo entre sus brazos; me cogió del culo, enrosqué las piernas en su cintura y me llevó hasta la habitación. Íbamos dando tumbos, presas de la pasión; nos deseábamos demasiado como para pensar mucho, nos necesitábamos tanto que no queríamos ni preliminares. Me tendió sobre la cama y nos desnudamos mutuamente con rapidez, sin separar nuestros labios.

Estábamos desmedidos, extasiados y con una necesidad tremenda de ser uno, así que, sin separarse de mí, noté que su brazo se dirigía hacia la mesilla y sacaba un preservativo del cajón. Sonreí cuando se separó para ponérselo.

—Vaya, parece que eso no lo tenías ya empaquetado para la mudanza... — bromeé, con una mirada sensual.

Soltó una carcajada mientras terminaba de abrir el envoltorio.

—Justo esta tarde los iba a guardar en la maleta. —Guiñó un ojo.

—Ya, claro, seguro...

Y, acto seguido, se lo puso con rapidez para adentrarse en mí sin dudar, con una embestida certera, sin dejar de mirarme fijamente a los ojos, algo que todavía me excitó mucho más.

Hicimos el amor como locos, dándolo todo, como si fuera la última vez que nos íbamos a ver en la vida. Era una sensación de querer saborearnos enteros, con rapidez, por si algo pasaba y no podíamos terminar lo que habíamos empezado. Sudamos, jadeamos y llegamos al orgasmo a la vez, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo.

Se desplomó sobre mí y puso la cabeza sobre mi hombro, a la vez que nuestras respiraciones agitadas seguían un ritmo acompasado que nos mecía. Le acaricié el pelo mientras él hacía lo mismo con mi muslo.

—¿Estás bien? —preguntó, alzando la mirada hacia mí.

—Perfectamente. ¿Y tú?

—No podría estar mejor.

Se incorporó para quitarse el preservativo y se levantó desnudo a tirarlo a la papelera del baño. Joder, era un puto dios griego. Desde la puerta me miró con media sonrisa y me preguntó:

—¿Vienes?

—¿Adónde?

—A la ducha, necesito que alguien me enjabone la espalda.

—¿Sabes que existen una especie de palos que sirven justo para eso?

—¿Sí? No jodas —sonrió.

—Pero, bueno, como hoy no lo tienes, yo te ayudo —respondí, mientras me levantaba de la cama e iba desnuda hacia él.

No tengo que explicar lo que pasó allí dentro porque sería repetirme, pero sí, volvimos a hacer el amor, con mi espalda apoyada en los azulejos.



Parecía que habíamos dado el pistoletazo de salida a volver a estar juntos, porque después de salir de la ducha no paramos de besarnos en cada esquina. Incluso mientras Gael llamaba a un restaurante japonés para que nos trajera la comida, yo seguía dándole besos en el cuello, cosa que no le facilitó mucho hacer el pedido.

—Que sepas que he pedido lo primero que se me ha venido a la cabeza, porque me has desconcentrado un poquito —dijo nada más colgar, intentando hacerme cosquillas.

Yo otra cosa, no, pero tenía cosquillas hasta en las pestañas, y ya solo el hecho de que se me acercaran con la intención de hacérmelas, me hacía ponerme nerviosa y salir corriendo. Así que acabé corriendo alrededor del sofá, intentando que no me cogiera mientras él me perseguía.

—No te vas a escapar —me decía.

—Espera, espera, ¡es que me pongo muy nerviosa! —respondí entre risas —. Hagamos una tregua.

—¿Tregua? A ver, sorpréndeme. —Cruzó los brazos.

—A ver, déjame pensar... ¡Joder, es que nerviosa no me concentro!

—¡Coño! Como lo que me acaba de pasar a mí llamando al japonés —se rio.

—Vale, vale. Mmm..., ¡ya sé! Si no me haces cosquillas, te hago un masaje en la espalda después de comer. ¿Bien? —alcé las cejas.

—Ufff, suena muy bien.

—Entonces, ¿hecho?

—Con una condición.

—Dime.

Antes de decírmela se acercó con las manos levantadas en señal de rendición y, cuando llegó a mí, me rodeó la cintura con los brazos y me susurró al oído:

—Que después del masaje me dejes hacerte el amor de nuevo, lento y sensual.

¡Joder! ¡Acababa de perder las bragas en ese mismo momento! ¡Es que si me lo decía así, no me esperaba ni a que llegara la comida, no me jodas! ¡Eso no valía!

—Trato hecho —musité con los ojos cerrados, sintiendo su aliento en el cuello.

No fue nada fácil separarnos en ese momento sin volver a hacer el amor antes, pero teníamos que coger fuerzas y comer algo, así que trajo un par de refrescos y nos tumbamos a ver la tele hasta que llegó el repartidor.

Comimos en el salón, en la mesa baja que estaba frente al sillón, entre risas, tanteos y declaraciones encubiertas que contenían más verdades que mentiras.

Evidentemente, nada más terminar de comer, y sin tomar café ni postre, acabamos de nuevo haciendo el amor en el sofá, de la manera como él había dicho antes, lenta y saboreándonos con calma, transmitiéndonos con la mirada todo lo que nos habíamos echado de menos, que por mi parte había sido mucho y sabía que por la suya también.

—Qué extraño es todo —susurré, con la cabeza apoyada en su pecho.

—¿Por qué? —respondió en el mismo tono.

—Es que tengo la sensación de que nunca hemos dejado de estar juntos.

—Y no lo habíamos hecho. Tú seguías en mi cabeza y creo que yo también en la tuya. Jamás dejé de pensar en ti, Nai.

—Yo tampoco. Aunque reconozco que te odié y mucho...

—Lo sé.

—Pero, bueno, no quiero hablar de ello. Lo que quiero decir es que estoy tan a gusto aquí y ahora contigo que me encantaría que se parara el tiempo y poder disfrutar de esto eternamente.

Gael se incorporó y, tumbándose sobre mí, dijo:

—Naira, vente a vivir conmigo al estudio.

Se me abrieron los ojos como platos.

—¡Pero qué dices!

—Hagamos esto eterno, como tú quieres.

—A ver, Gael, no puedo irme a vivir contigo. Para empezar, mis padres no me dejarían, y después me encerrarían para que no me escapara a tu casa.

Gael sonrió.

—Joder, es que quiero acostarme contigo y levantarme contigo. Desayunar juntos todos los días, poder darte un beso de buenas noches a diario, pasar las tardes juntos...

—Estás loco —me reí.

—Por ti, lo sabes.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Nos preparamos para ver el estudio y lo mismo el próximo fin de semana puedo quedarme en tu casa.

—¿Todo el finde?

—Sí. Todo el fin de semana.

Me abrazó con fuerza y correspondí al gesto de la misma manera. A mí me hubiera encantado poder irme a vivir con él, pero teníamos que ser realistas; mis padres morirían de un infarto en cuanto se lo comentara y seguramente me controlarían más que antes. Así que intentaría pasar el mayor tiempo posible con él, pero por lo menos pasando la noche en mi casa, salvo los días que pudiera tener coartada con mis amigas.

Cogimos el coche y nos fuimos a ver el estudio. La verdad es que no estaba muy lejos de mi casa; para ir caminando había un trecho, pero en coche eran poco más de cinco minutos.

Nada más entrar me gustó porque tenía un ventanal enorme que daba a la calle, con unas vistas muy bonitas. Además, como era un estudio, la luz le daba amplitud, y al estar pintado en blanco, también luminosidad. Estaba vacío, lleno de plásticos y botes de pintura situados aleatoriamente por el suelo.

—¿Qué me dices? —me preguntó Gael, abrazándome por detrás y poniendo la cabeza sobre mi hombro.

—Me encanta. No es muy grande, pero tiene mucha luz y muchas posibilidades.

—¿Ves como sabía yo que necesitaba un punto de vista femenino?

—Ya has terminado de pintar, ¿verdad?

—Sí, al final anoche me quedé hasta tarde.

—Pues está muy bien.

—Gracias —respondió, dándome un suave beso en el cuello. Después me llevó de la mano al baño y a la habitación—. ¿En serio no te ves viviendo aquí conmigo? —bromeó.

—¡Claro que me veo! ¡Pero mis padres, no! —me reí.

—Tendré que hacerles una pedida formal para que vean que soy buen chico y tengo buenas intenciones contigo.

—Sí, claro, y mi padre saca la escopeta.

—¿Tiene escopeta?

—No, pero en cuanto le dijera que viene un chico a hablar con ellos, se saca la licencia de armas y se la compra.

Estuvimos un rato en el estudio y después bajamos a dar un paseo por la zona. Me propuso cenar algo por ahí y terminamos comiendo algo en un restaurante gallego. Después me acompañó hasta casa en el coche, lo dejó en doble fila y fuimos hasta el portal cogidos de la mano y caminando despacio, como para alargar el momento de la despedida.

—Lo he pasado muy bien —dije, sin soltarle la mano.

—Yo también. Ojalá esto fuera así todos los días, Nai. Quiero verte siempre, ¿puede ser?

—¿Esto quiere decir que tú y yo...?

—Esto quiere decir que quiero que volvamos a ser novios. Te quiero, Nai, nunca he dejado de hacerlo, y no quiero que el tiempo pase sin estar a tu lado.

Sonreí tímida y me acerqué para besarle. Me cogió la cara y recibió mi beso con deseo, mientras mis manos recorrían su espalda de arriba abajo.

—Me quedaría aquí toda la noche. No me quiero ir —susurró—. Estaría besándote sin parar.

—Y yo..., pero se está haciendo tarde y mi padre no tardará en llamarme al móvil. Así que, si no quiero estar mañana castigada, lo mejor es que me vaya.

—Vale, yo tampoco quiero que te echen la bronca. ¿Nos vemos mañana, entonces?

—Claro. —Volví a besarle—. Hablamos mañana.

Entré en el portal sin dejar de mirarle, mientras él hacía lo mismo, hasta que cerré la puerta; nada más entrar en casa le mandé un mensaje.

Ya estoy dentro.

Perfecto. Me marcho ya entonces. Te quiero.

Y yo. Buenas noches.

Y con una sonrisa tatuada en los labios, entré al salón a saludar a mis padres.



Llegó Nochebuena y Gael y yo seguíamos juntos y cada vez más enamorados si cabía. Desde que habíamos vuelto a ser pareja nos habíamos visto todos los días, y siempre acabábamos en su casa, disfrutando de nuestros cuerpos como si fuera la primera vez.

Al final, unos días antes de Nochebuena fuimos a comprar los muebles de su casa a Ikea y me lo pasé en grande, porque daba la sensación de que estábamos amueblando nuestro primer nidito de amor y, aunque él fuera a vivir solo allí, soñábamos con que algún día podríamos compartirlo.

Esa noche yo la pasaba en casa de mis tíos, pero luego había quedado con mis amigas y con Gael para salir por ahí. Les dije a mis padres que dormiría en casa de Noe, aunque evidentemente donde pasaría la noche sería con Gael, él y yo solos en su nuevo apartamento. Sería la primera que pasaríamos allí, porque no le habían llevado la cama hasta el día anterior.

Antes de ir a casa de mis tíos, que vivían como a unos veinte minutos de la nuestra, quedamos las unicornias a tomar una cerveza, ya que después cenábamos con nuestras respectivas familias. Nos vimos en el mismo bar en que solíamos quedar siempre y, después de saludarnos, sentarnos y pedir las bebidas, mis amigas me tendieron una pequeña bolsa.

—¿Qué es esto? —pregunté sorprendida.

—Digamos que es algo tuyo que pensamos que debías tener de nuevo —dijo Cloe.

—¿Mío? —me extrañé.

—Sácalo y no preguntes tanto —bromeó Noe.

Cogí la bolsa y me quedé helada cuando vi lo que contenía; los ojos se me abrieron como platos y podría decir que hasta se me humedecieron. Las miré entre sorprendida y desconcertada mientras sostenía la pulsera que me regaló Gael el día de mi cumpleaños, aquella de la que colgaba mi inicial.

—Pero ¿cómo...? —dije con un hilo de voz.

—La tiraste en el taxi el día que pasó lo que pasó —respondió Cloe.

¡Es verdad! La noche que fui a casa de los padres de Gael y descubrí aquella horrible noticia, en un momento de rabia, la tiré sin preocuparme por dónde caía. En ese momento no quería saber nada de Gael ni de nada que estuviera relacionado con él, pero lo que no me podía imaginar era que mis amigas la habían recogido y guardado durante todo este tiempo. Había odiado tanto a Gael que por un tiempo esa pulsera se había borrado de mi mente, pero ahora la tenía de nuevo entre las manos y los recuerdos bloqueados por aquella mentira aparecieron de nuevo ante mí, en el momento y lugar donde Gael me entregó aquel regalo, el día de mi cumpleaños, junto a la barra del *pub*, cuando pocos minutos después de dármele nos besamos por primera vez. Esa pulsera guardaba demasiados recuerdos y provocaba más emociones de lo que podía imaginar.

Me levanté y las abracé con fuerza.

—Muchas gracias, chicas, no sé cómo agradeceréoslo, de verdad.

—Tú solo pónetela y disfruta del momento que estás viviendo ahora con él —respondió Cloe.

—Teníamos tan claro que algún día volveríais, nena, que la guardamos hasta esperar el momento oportuno para dártela.

—Si es que ¡cómo no os voy a querer! ¡Brindemos por vosotras!

—Brindemos por las tres unicornias que empiezan a ser menos incomprendidas —dijo Noe entre risas, alzando su botellín.

Nos quedamos como una hora más y después me fui a casa. Había estado un par de días dudando qué ponerme y al final terminé comprándome un coqueto vestido de punto de color rosa *nude* con detalles metalizados y un profundo escote en forma de V, tanto en la parte delantera como en la espalda. Estaba cortado en la cintura con una banda elástica y fantasía plateada. Lo acompañé de unas sandalias *beige* de vestir con un vertiginoso tacón y cerradas con correa de tobillo. Lo que más me gustó fue que estaba formada por sinuosas bandas cruzadas sobre el empeine realzadas con *strass* de fantasía. ¡Eran preciosas!

Me dejé el pelo suelto después de hacerme unas ondas, me maquillé y me puse una cazadora negra de cuero que me habían regalado por mi cumpleaños el año anterior.

Durante la cena en casa de mis tíos, me miré varias veces la pulsera y jugué con ella, moviéndola y observando el vaivén de mi inicial, y sonreí espontáneamente. Gael me escribió varios mensajes y quedamos en que me esperaría a las doce donde estaba cenando, cogeríamos un taxi y de ahí

iríamos directamente a la discoteca Libélula, la misma donde nos vimos la primera vez. Allí habíamos quedado con Cloe, Hugo, Noe y Marco para pasar el resto de la noche de celebración.

Cuando les dije a mis padres que vendría a buscarme un amigo, no les hizo demasiada gracia, bueno, en especial a mi padre, que me interrogó como si estuviera en la cárcel después de haberme cargado a medio mundo. Menos mal que ahí estaba mi madre para sacarme del apuro y echarme un cable para suavizar un poco las cosas.

Mi tía también ayudó a que mi padre frenara un poco su oposición con comentarios como «pero si ya está hecha una mujer, ¡déjala que disfrute!», aunque en realidad eso de que «disfrute» no es que le relajara mucho, porque en su cabeza ese verbo era sinónimo de acostarme con el chico que venía a buscarme, y eso para un padre debía de ser un trauma. Así que al final terminó cediendo, con la condición de que le llamara en cuanto llegara a la discoteca.

A las doce menos diez, Gael me mandó un mensaje de que estaba ya abajo, así que me despedí con prisas y una gran sonrisa en los labios y bajé al portal, deseosa de verle. A través del cristal lo vi apoyado en el taxi, con las manos en los bolsillos y mirando hacia arriba, como si estuviera buscando algo en el cielo. Casi me desmayo de lo guapo que iba, con un traje azul oscuro y camisa blanca, con un par de botones desabrochados, y el pelo engominado. ¿Podía ser más guapo? Imposible.

El ruido de la puerta al abrirse lo sacó de sus pensamientos y su sonrisa se amplió al verme.

—Joder —exclamó mientras se acercaba a mí—, pienso decirle al taxista que vaya directamente a mi casa, porque no voy a aguantar toda la noche sin quitarte ese vestido.

—¿No te gusta?

—Al contrario, te queda tan bien que me estoy poniendo malo —respondió, dándome un pequeño mordisquito en el cuello.

—Contrólate —dije, poniendo las manos sobre su pecho para poder mirarle—, que para mí tampoco va a ser fácil no meterte mano —vacilé.

—Es que estás preciosa —respondió, cogiéndome la mano y dándome la vuelta.

—Tú también. —Y le besé—. Pero vamos al taxi, que hace frío.

—¿No te he dicho que te caliento en un segundo? —bromeó.

—¡Anda, tira para el coche! —respondí, dándole un suave empujón hacia delante.

Nos subimos al taxi y, tras decirle al conductor la dirección, comenzamos el trayecto.

—¿Qué tal la cena con tus padres? —le pregunté.

—Pues imagínate, los tres solos en casa..., muy divertido.

—¿No os juntáis con familia?

—Normalmente, no. Cuando era pequeño sí que solíamos hacerlo, pero hubo un año en que mis padres discutieron con parte de la familia y decidieron que mejor solos que mal acompañados.

—Joder, pues vaya.

—¿Y tú? ¿Qué tal con la tuya?

—¡Muy bien! Hemos cenado mucho y nos hemos reído un montón.

—Me alegro. —Y me dio un beso en la punta de la nariz.

Aproveché ese silencio para mostrarle la muñeca.

—Mira —dije, poniéndole la pulsera a la vista.

—Hostia, la pulsera que te regalé... —respondió extrañado, acariciándola con el dedo—. Pensé que...

—¿La había tirado?

—Sí.

—Pues lo hice, pero mis amigas la recogieron sin que yo las viera y me la han devuelto esta tarde.

—Tienes unas amigas que valen oro.

—No lo sabes tú bien.

—Me hace mucha ilusión que la vuelvas a llevar, Nai.

—Y a mí.

Y cuando me pasó su brazo por encima de los hombros, me acurruqué en su pecho hasta que llegamos a la discoteca.



Nuestros amigos nos esperaban dentro y cuando nosotros llegamos estaban en la barra pidiendo algo para tomar.

—¿Qué te pido? —me dijo Gael.

—Malibú con piña.

Mientras los chicos esperaban a pedir, nosotras tres nos fuimos a la pista a bailar. Vi a Noe un poco seria, pero como es una chica a la que le cuesta pedir ayuda, no quise preguntarle para no incomodarla. Supuse que a lo mejor había tenido alguna movida con Marco, pero cuando él le trajo la bebida, ella sonrió y le dio un beso en la mejilla, lo cual me vino a decir que con él no era el problema, pero ponía la mano en el fuego por que algo le pasaba.

Gael me pasó mi bebida por la espalda mientras me daba un beso en el cuello, que recibí con cosquillas en el estómago.

—Ven —dijo Gael, cogiéndome de la mano y llevándome a través de la pista.

—¿Adónde vamos?

No me contestó; solo sonrió y me guiñó un ojo mientras seguía llevándome hasta uno de los laterales de la discoteca. Cuando vi que llegábamos a la oficina donde me había colado hacía tiempo también sonreí, y más aún al ver que Gael sacaba algo de su bolsillo y lo metía en la cerradura hasta abrir la puerta y colarnos dentro.

—Pero ¿tienes la llave? —pregunté, una vez cerró el pestillo y dejamos de oír la música de fuera.

—Hugo es amigo de uno de los camareros y le debía un favor —respondió, acercándose cada vez más a mí hasta que me tuvo contra la pared.

—¿Qué haces...? —musité.

—¿Tú qué crees? —susurró, besándome el cuello y empezando a bajarme la cremallera del vestido.

—Pero ¿aquí?

—¿Por qué no?

Y no volvimos a decir nada porque nuestros labios se devoraron hasta sentir como palpitaban. Me subió a la mesa del despacho y sobre ella hicimos el amor rápidamente, pero disfrutando más por el riesgo de que pudieran pillarnos en cualquier momento.

Después, mientras nos vestíamos, vi como Gael me sonreía.

—¿Por qué te ríes? —pregunté, mientras me colocaba el vestido.

—Porque me pareces preciosa, cada día me gustas más.

—Y tú cada día me sorprendes más.

—¿Sí? —se carcajeó—. ¿Por qué?

—Jamás hubiera pensado, con lo correcto que eres, que me harías el amor aquí.

—Pero ¿te ha gustado?

—Claro que sí, creo que no hace falta que te lo diga, lo has visto.

—Sí, sí... Además, eso de que esté insonorizado es la hostia. Has jadeado a placer, ¿eh?

—¡No me digas eso, que me da vergüenza, joder! —dije, arrojándole un boli que había sobre la mesa.

Se carcajeó de nuevo. Después me dio un abrazo y nos mecimos juntos.

—Te quiero, Naira —declaró con el gesto más serio.

—Y yo a ti.

Y le di un ligero beso en la punta de la nariz.

—Oye, y digo yo... —dije, antes de salir del despacho—. ¿Tú qué pasa? ¿Que llevas siempre condones encima? ¿Cuántos llevas? Por curiosidad —dije, intentando abrirle la cartera.

—¿Qué haces? ¿En serio lo preguntas? —se reía, mientras me impedía abrirla.

—Sí, déjame ver.

—Bueno, vale, mira.

Y cuando la abrí vi que aún tenía tres condones más.

—¿Tres? ¿Todavía te quedan tres? —alcé las cejas, sorprendida.

—¿No me ves capaz de usarlos todos esta noche? —preguntó, seductor, poniendo su frente sobre la mía.

—No sé..., dímelo tú. ¿Lo eres?

—¿Quieres que lo comprobemos esta noche?

—Menos lobos, Caperucita.

—Ayyyyy..., tú no sabes lo que es picar a un hombre en ese sentido.

Esta vez me reí yo.

—Vaya, ¿estoy poniendo en entredicho tu virilidad, machote? —respondí, sensual, pasando el dedo por su pecho.

—¿Sabes qué? En cuanto lleguemos a casa no te voy a dejar salir de la cama, y ya hablaremos de quién es aquí el lobo.

—Venga, anda, vámonos fuera, que estos pensarán que nos hemos ido.

—Tranquila, Hugo estaba avisado.

—Vamos, que veo rara a Noe y quiero preguntarle.

—Vaaaaaale. —Y me dio un pellizco en el culo al salir.



Cuando volvimos a la pista Cloe me guiñó un ojo y yo casi me muero de la vergüenza, porque estaba claro que Hugo le había dicho adónde habíamos ido Gael y yo. Sin embargo, a Noe la vi como ida, sin esa complicidad que teníamos siempre y sin esos comentarios mordaces que hacían temblar el mismísimo universo.

Me acerqué a Cloe y le pregunté, parapetada por el alto volumen de la música:

—¿A Noe le pasa algo? —inquirí.

—Pues a mí no me ha contado nada, pero está claro que sí.

—Está rara, ¿verdad?

—Sí, la noto preocupada por algo.

—¿Estaba así cuando habéis llegado?

—No sé qué decirte. Estaba hablando con Marco y han cambiado de tema al vernos; no sé cuál era la conversación, pero está claro que no querían que nos enteráramos.

Chasqué la lengua y miré a Noe de soslayo para que no se notara de manera descarada que hablábamos de ella.

—¿Y qué hacemos? ¿Le preguntamos?

—Yo creo que sí.

Me acerqué a ella bailando al ritmo de la música y me recibió con media sonrisa.

—¿Dónde estabas antes, pedorra? —me preguntó.

—¿De verdad no lo sabes? Porque lo sabe todo el mundo.

—¡No estarías echando un polvo!

Me empecé a reír y no hizo falta decir nada más, a lo que Noe respondió dándome un pequeño golpe en el brazo.

—¡Serás guarra!

—¡Pero si tú llevabas toda la vida diciéndome que tenía que estrenarme!
Ahora lo disfruto...

—Pues haces muy bien, nena. Nunca sabes lo que puede pasar.

—A ver, venía a preguntarte qué te pasa, porque Cloe y yo nos hemos dado cuenta de que algo te ocurre.

—¿A mí?

—Sí, nena. Que aquí todas nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Qué va, no es nada.

—Noe..., no pienso parar hasta que nos lo cuentes.

Ella resopló y, medio sonriendo, negó con la cabeza.

—Dame cinco minutos y, si queréis, salimos fuera y hablamos.

—Vale.

Me dio un abrazo y, al regresar a mi sitio, guiñé el ojo a Cloe y, con un gesto de la mano, le dije que esperara. Ella asintió.

Fui hacia Gael y le abracé y le besé en la boca. Él me cogió por la cintura y me devolvió el beso con más fuerza.

—¿Te he dicho que esta noche estás preciosa?

—Sí, varias veces. ¿Y yo te he dicho que esta noche estás irresistible?

—También, más de una vez.

—Feliz Navidad, cariño.

—Feliz Navidad. Estoy muy contento de que estemos compartiendo esta noche juntos.

—Y lo que nos queda. —Y le besé de nuevo.

—Por mí nos iríamos ahora mismo a mi casa.

—Tranquilo, así, si llegamos tarde, tendrás una excusa para no gastar los tres condones —me reí.

—Qué mala eres —respondió, haciéndome cosquillas en la cintura.

—¡Para, para! —me reí.

—A ver si luego te ríes tanto cuando veas que tres se me quedan cortos.

Solté una carcajada.

—¡Eres un fantasma!

—Ya me lo dirás...

—Oye, cambiando de tema, ahora voy a salir fuera a hablar con Noe. Me ha reconocido que nos tiene que contar algo y estoy un poco preocupada.

—Vale, no te preocupes, aquí te espero.

—Genial. —Y volvimos a besarnos.

A los pocos minutos me acerqué a Cloe y le dije que saliéramos fuera, que Noe me había dicho que nos contaría qué le ocurría en la calle; así que las dos fuimos a por Noe y la sacamos de la discoteca.

Hacía bastante frío, así que nos acercamos al ropero a recoger nuestros abrigos antes de salir. Propusimos a Noe ir a los baños a hablar, que seguro que haría menos frío, pero dijo que tomar el aire era justo lo que necesitaba en ese momento.

No tenía mal color de cara; era más su forma de actuar, entre nerviosa y distraída.

—¿Qué tal vuestras cenas? —pregunté.

—Bien —respondió Cloe—. Han venido a casa mis abuelos y mis tíos con mis primos. Hemos estado tranquilos. ¿Y tú, Noe?

—Nosotras hemos ido a casa de mi tía. Éramos pocos, pero casi lo prefería —respondió con algo de desgana.

—A ver, Noe, ¿qué te pasa? Estás rara —preguntó Cloe.

—¿Tanto se me nota?

—Cuando hemos llegado habéis cambiado de tema radicalmente; Hugo y yo nos hemos dado cuenta.

—Lo siento —se disculpó Noe.

—No tienes que disculparte, te lo digo para que veas que se nota que algo te ocurre —aclaró Cloe.

—A ver, chicas, estoy preocupada por algo.

—¿Es por tu madre?

—No, con mi madre estoy bastante bien.

—¿Marco?

—Tampoco, es un amor y me lo está demostrando ahora más que nunca.

—¿Entonces? —pregunté.

Cogió aire, lo exhaló despacio y, alternando su mirada entre nosotras dos, soltó la bomba.

—Creo que estoy embarazada.

FIN



María Beatobe nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora Infantil de profesión y graduada en Educadora Social, practica la docencia desde hace dieciséis años en un centro educativo.

Su vida diaria se desarrolla entre el cuidado de sus mellizos, el trabajo en una casa de niños y la escritura en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde los quince años, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo y cantar a voz en grito en el coche.

Esta es su cuarta novela publicada, tras *¿De verdad existes?*, *Cuando es amor*, *las mariposas nunca mienten* y *Déjame cuidarte*.

facebook: maria beatobe escritora

twitter: @mariabeatobe

instagram: @mariabeatobe

pinterest: maria beatobe

Aleje mis fantasmas.
Por amor VIII
María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, nd3000 / Shutterstock

© María Beatobe, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17822-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruena Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Viaje hacia tu corazón

Moruená Estríngana

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

La magia de aquel día

Clara Albori

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

